

La Gaceta Literaria

iberica: americana: internacional

LETRAS ARTE • CIENCIA

periódico quincenal (1 y 15 de cada mes)

dirección:

E. GIMENEZ CABALLERO PEDRO SAINZ RODRIGUEZ

Año IV Madrid, 15 de Enero de 1930 Núm. 74

Redacción y Administración:

PRINCIPE DE VERGARA, 42 y 44

Donde debe dirigirse toda la correspondencia

Se reciben suscripciones

en las principales librerías

30 CENTIMOS

SUSCRIPCION
ANUAL, España y Países del Convenio postal Hispanoamericano, 7,50 ptas. Extrajero, 10,00 —
ANUNCIOS DE TARIFA, 75 cts. la línea del cuerpo 8 Pólizas de suscripción Descuentos: trimestre, 10 %; semestre, 15 %; anual, 20 %

LITERATURA NUEVA

El "Luis Candelas" (1)

de ANTONIO ESPINA

No es extraño que prenda entre nosotros el gusto—señaladísimo en los días presentes—por la biografía, puesto que al cabo—aquí como allá—no se trata sino de renovar un género de tradición cierta y prestigiosa en todas las literaturas: favorecido en su actual boga por quiebras naturales de la novela a la manera realista, y por positivas seducciones de la Historia. Aunque lejana, nuestras letras cuentan con la noble galería de retratos—damas y caballeros—que firmaron don Alvaro de Luna, Hernando del Pulgar y Fernán Pérez de Guzmán.

No ha prosperado mucho en España, andando el tiempo, este abo'engo historial de vidas y semblanzas, no obstante la fertilidad en fuertes y sugestivas individualidades de la tierra hispánica. Pero lo que no ha gustado de hacer con la verdad el cronista o el historiador, regateando biografías, lo hizo siempre con la verosimilitud el novelista, prodigando narraciones de aventuras posibles. Aventuras, por lo común, menos interesantes que las reales e históricas. Nuestra novela—grande o chica, según el ángulo visual en que situemos el juicio—abunda en retratos personales; pero retratos de gente harto vulgar: héroes de la imaginación que, desde este punto de vista, quedan automáticamente postergados por el héroe auténtico que guarda—vivo siempre—este cronista de Indias o aquel historiador de sucesos particulares. Quien guste de conocer vidas ajenas, en busca de dimensiones espirituales mayores que las naturales o domésticas, sabe bien que el camino de las grandes peripecias no ha de mostrárselo ese pardo tropel de oficinistas, suégras, estudiantes, novias y patronas que gesticulan en nuestra novela de ayer.

Una de las primeras biografías que en España importaba hacer, era la de un personaje sobremediano misterioso y litigado, envuelto como lo venía estando por golpes caprichosos de luz y sombra: por el amor y el menosprecio. No se trata de individuo alguno sujeto al pago de cédula personal, sino precisamente de un siglo, porque los siglos también tienen biografía. Y el XIX nuestro—a él me refiero—hizo cuanto pudo por acusarse en la pantalla de la Historia con perfil completamente individualizado. Su fisonomía y andanzas habrán de fijarse mediante el doble tiempo de acumulación y selección que representa en cada caso el examen de vidas representativas: la del tribuno, la del cabecilla, la del torero, la del caballero de industria, la del poeta... De aquí la oportunidad de Espasa-Calpe al planear una serie, ya en marcha, de "Vidas españolas del siglo XIX", sin dejar fuera—porque no se trata de un Plutarco que edifica—personaje alguno de interés específico, por esmerado que esté contra la ley, ya que la Historia, en efecto, no es una moralidad ni un ejemplo; es nada más y nada menos que una gran aventura. Aparte de que en un país como el nuestro, de anómala conciencia jurídica, el delincuente, precisamente el bandolero, asume claro valor exponencial. Nuestro romanticismo—ello es sabido—hace acto de presencia en la vida misma, antes que en las letras. Uno de sus títulos más genuinos es el bandido, caballero a su modo, cabalgando jaque sobre sus instintos a contrapelo de la sociedad, lleno de vaga y cierta Edad Media, fuertemente impregnado de color local... Luis Candelas, "verbigratia"... Pero ya no será necesario—ni posible—que hablemos de Luis Candelas improvisando un juicio, por-

que Antonio Espina ha elaborado esta figura certeramente, según elementos sustraídos a la tiniebla de los Mitos. Gracias a la biografía realizada por Antonio Espina, "el bandido de Madrid" sale de lo oscuro para tomar luz y dar sombra. Persona cabal y documentada en regla, Luis Candelas avanza estos días al primer plano de la actualidad bibliográfica, arrastrando un trozo de la España de su tiempo. Le envuelven jirones de una época y una sociedad determinadas. Pero la luz en que baña su genio y su figura, es luz de hoy: luz que transfigura los datos de un posible romance de ciego o pliego de cordel en narración estilizada por la ironía y la imagen: enriquecidas por la clarividencia del psicólogo.

Ha dicho el perito Maurois, acaso para demostrar la substantividad del género biográfico, que es indiferente—o punto menos—el personaje tema. Lo esencial es la biografía por sí: el personaje, casi añadido. Pero no cabe dudar de la estrecha relación que han de mantener, sin embargo, biógrafo y biografiado. De tal suerte, que Luis Candelas—motivo de estas consideraciones—no hubiese respondido al conjuero literario de no ser justamente la pluma de Antonio Espina, el sortilegio utilizado. Los fantasmas, como todos, saben de simpatías, y sólo alargan la mano cuando quieren: cuando estiman fácil la comunicación. Y es natural que Candelas abra su pecho, de mejor grado que a otro alguno, al oído de Antonio Espina, también madrileño y romántico.

El romanticismo a la madrileña o cortesana es factor decisivo en la composición de esta figura casticísima. Como que Luis Candelas representa la urbanización del saltador de caminos. Continúa el abolengo del forajido—típico ejemplar de violencias que necesitaba para realizarse de la serranía, el descampado, la encrucijada, el trabuco. Mientras preludia el estafador a la moderna—dechado de ingenio—, que opera sin dolor ni grosero instrumental. Los diversos delitos perpetrados por Candelas abonan la fe en esta condición de puente o vértice. "Siete estafas—cuenta Antonio Espina—. Nueve asaltos a mensajerías y establecimientos comerciales. Cinco robos en despojado. Cuatro ídem a domicilio: dos con escalo, otros dos sin él, y sin violencia alguna a las personas intervenidas. Amén de otras chapucillas accidentales, verificadas con gentil descaño a la faz del día, y en mitad de la rúa..." Fué, pues, Luis Candelas ladrón caracterizado de tal y simple pasante en corte. Alternó el catite y la chistera. Convivió dentro de sí con el peripuesto Alvarez de Cobos, falso indiano. Y es, a mi modo de ver, el mayor acierto psicológico de Antonio Espina este de plantear la doble personalidad de su criatura, no como un vulgar expediente de pícaro, sino como una profunda exigencia de un ser que se rebela contra la unidad de sí propio.

Candelas no nació ladrón, sino señorito de los barrios bajos de Madrid; con "algo" en su hijuela; con un poquito de letras tomadas—descuidado del Bachillerato—en los estudios de San Isidro. Pasó incluso por las experiencias—menestral con humos de burgués—del destituido en la Administración del Estado y del matrimonio porque sí. Esto prejuzga aquello: cierta sensibilidad, cierto anhelo de otras cosas, cierta conciencia de la degeneración sufrida, el horror a la sangre... Vestido por Utrilla, como cualquier otro currutaco. Candelas se sentía distinto—pero también auténtico—respecto al guapo de la faja carmesí. Convivencia no es exactamente concordia, y los dos seres incorporados luchaban en la entraña más honda en pugilato de inequívoco acento román-

tico. Gallardía y descontento, majeza y ternura, esperanza y desencanto, querer y no querer... ¿Figuración arbitraria ésta de un ladrón poseído por "el mal del siglo"? "Candelas se defiende—leemos en Espina—. No existe mujer sobre la tierra capaz de captar por entero, en nombre de la pasión amorosa o del magnetismo del ambiente, a un hombre del formato mental de Candelas. Lo que sí es evidente es que el amor de Clara constituye para él la posibilidad más grande de emoción romántica a que puede llegar su alma. El reactivo más enérgico, por no decir el único, que ha estimulado y estimulará siempre en sensibilidad. A la luz del proyector clarísimo de Clara, se le suele presentar con brusco escorzo ante la conciencia la anomalía terrible de su vida. E incluso el fantasma, no más tarde que ayer, increíble de la redención. ¡Qué diferentes las otras mujeres que pasaron sin dejar huella por su historia jocunda de galanteador a esta niña, de alma pulquérrima y conciencia serena, enamorada y dulce como una corderilla! Al llegar aquí, cuando el carrusel romántico del pobre ladrón se para en la dulce imagen recién descrita, el pobre ladrón no puede contenerse por más tiempo, y suspira. Exhala un suspiro salido de las profundidades abisales de su cálido pecho." Disposición de ánimo reconstruida con patente legitimidad—histórica y psicológica—, puesto que es positivo el punto de arranque: el blanco amor de la pobre niña y el bandido "camonfle". De la documentación acopiada, Espina parte ejercitando su lucidez de gran novelista: intuye, fantasea, suple, desarrolla, ironiza... De la tosca realidad que es la madera, se valían nuestros imagineros para labrar al por menor barroco, veras efigies. No es muy distinta la impresión que da esta imagen literaria de Luis Candelas, modelada con brioso detalle y gesto superexpresivo, recalado por el color. Sólo que es deliberada, consciente esta deformación caricatural del tipo y sus atavíos. Vieja talla popular, creada de nuevo por un artista que está en el secreto... La ironía es la razón suficiente de esta plástica versión de un héroe—¿por qué no?—de la raza. Héroe de un modo especial de delinquir. Románticamente, sí. Líricamente, con un patetismo "suí generis" de solitario predestinado. Por algo la cuadrilla sólo se insinúa al fondo en el grado necesario para hacerse presente. Es menester que pasen años y sobrevengan hechos nuevos para que el bandolerismo romántico se haga naturalista. Campos andaluces. Problema de la tierra. Formas colectivas de criminalidad. "Mano negra". Epica sucia.

La manía de buscar parecidos nos lleva a pensar en Valle-Inclán. Similitudes de escenario—taberna, venta—y de léxico: voces de germanía... Algún vislumbre de esperpento. Pero ya en este plan, es natural que sigamos la línea hasta dar con Quevedo, sirviendo de intermediarios estos tipos: "... Nariz chata y una pelambrera rubianca, que no trabó nunca conocimiento con otro peine que con el de los dedos de su dueño." "...Protervo escribano jorobeta, de negro colmillo ganchudo y formidables antiparras al humo." "... Otro personaje desconocido, largo y ganchudo, como apagavelas de iglesia." El lector sabe bien cuál es el alcance—tasadísimo—de estos contactos puramente superficiales. Han de emplearse en función del juicio crítico e histórico con suma cautela, porque no faltan gentes propicias a involucrar en el problema de la simple filiación, el muy distinto de la originalidad. Antonio Espina, acertemos o no al nombrarle este o aquel antepasado, tiene sangre castellánísima; muy madrileña, además, con gotas características de ese sarcasmo "muy siglo XIX" que se da en lo literario como en lo político; en lo preclaro como en lo vulgar; en Larra y en Suñer y Capdevila.

La personalidad de Espina, por sustantiva, firme, inconfundible que es, elimina las posibles reminiscencias literarias. Y si en último término hace jugar sobre nosotros—más allá del razonamiento—el resorte automático de las asociaciones y equivalencias, lo comprobado es que se nos llena la cabeza



D. JOSE ORTEGA Y GASSET

Autor de "El espectador", declarado el mejor libro del mes de noviembre.

de música: la de Chueca. Y tal vez, exactamente, la emitida por el terceto de los "ratas" Pasajes del "Candelas" de Espinosa suscitan el acompañamiento de aquellas notas, tocadas de aérea zumba y popular desgarrado. Hasta ayuda, como estribo, la vieja letra del cantable: "Vivan las caenas"—si parecen buenas—y son de reló..."

En la prosa de Espina abunda el chiste. Pero sobreviene en seguida la imagen poética, que equilibra y redondea: "Durmí, pues; una encina le sirvió un profundo sueño de ocho horas—la ración socialista—en la bandeja de bronce de su sombra." Todo el libro está escrito con profusión de luces y reflejos: humor, patetismo, caricatura, juegos sintácticos, palabras de todas las extracciones. Señalada queda la decisiva intervención del vocablo plebeyo. Es curioso el empleo de la voz doméstica y familiar: la rehabilitación burlesca del vocabulario romántico; el galicismo de evocación folletinesca: "Cuando los restantes de la banda se reúnen en la "mansarda" de Paco el Sastre..." Y la invención caprichosa de palabras resabiadas de cultismo: "Le zambulle por entero en ese antro misterioso e "infundibuliforme" que es la capa." La greguería despliega en "Candelas" todas sus gracias nuevas, y el contrapeso lo da la frecuente sentencia de la picaresca clásica: "El presentimiento, recuerdo al revés, viceversa saudoso de la saudade, o cartel de la función de mañana que ignotos pegadores adhieren con engrudo en los vallados de nuestro corazón, no se explica, pero existe. Es todavía una de esas bellas cosas que la ciencia, con sus impertinentes fisgos, no ha podido mancillar..." Sentencia "greguerizada", en fin de cuentas. Donde quiera leamos descubriremos la arista en que se encuentran planos de difícil concordia. El "Luis Candelas" de Antonio Espina abunda en esquinas. Esto es, en sorpresas. Sorpresa en el proceso novelesco, sorpresa a cada vuelta y revuelta del estilo. Lo que no nos sorprende es la conquista de la persuasión final: "He aquí—nos decimos—un libro de primer orden." Nos han ido preparando al convencimiento último, cada página, cada párrafo, cada palabra... las letras mismas, pudiéramos decir, arrebatadas en paso de danza por una inspiración rica en burlas y veras.

MELCHOR FERNANDEZ ALMAGRO

SUMARIO

Colaboran en este número: EUGENIO D'ORS; MELCHOR FERNANDEZ ALMAGRO; MEDINA AZARA; JOSE MARIA SOUVIRON; R. PORLAN Y MERLO; GERARDO SEGUEL; I. SANTISO GIRON; JAIME IBARRA; R. LEDESMA RAMOS; EUGENIO DOMINGO; BORIS CHIVATCHEFF; M. RETUERTO; CARLOS SOLDEVILA; JUAN PIQUERAS JENARO ARTILES.

(1) "Luis Candelas, el bandido de Madrid", Espasa-Calpe.

Gaceta sefardí

Sefarat, tierra de promisión

¿Por qué no hay judíos en España?

Con el pseudónimo "Medina Asara" honrará periódicamente las columnas de LA GACETA LITERARIA una de las personalidades intelectuales del mundo judío europeo de mayor prestigio, que se encuentra en España.

Cuando dejé mi país para trasladarme a España creí encontrar muchos judíos en la Península Ibérica. Lo creí a pesar de saber que los Reyes Católicos expulsaron miles y miles de ellos, que la Inquisición acabó con el resto que no quiso emigrar, y que el edicto de Isabel y Fernando no ha sido borrado todavía de los decretos históricos. Creí que había muchos judíos en España, suponiendo que en todos los judíos, incluso en los Askenasim, viviera la misma nostalgia que yo sentí en mí desde muy pequeño: la nostalgia de estar en la misma tierra donde vivieron y murieron mis grandes antepasados, donde estos mismos antepasados crearon una cultura grandiosa y donde, por fin, pasaron por una época verdaderamente sublime de su historia.

Al entrar en España y al darme cuenta de la situación efectiva: de que el número de judíos es exiguo, casi nulo, no sabía qué pensar. El mundo de nuestro siglo es estrecho, los movimientos de emigración son muy intensos; de los depósitos judíos del Este afluyen grandes masas a los países del Oeste en busca de libertad, trabajo, riquezas, sol, patria. Todos los países de Europa se llenan de judíos—menos España—. Aunque el edicto de los Reyes Católicos sigue en vigor, le tienen el equilibrio decretos modernos: en España están toleradas todas las religiones. Toleradas... ¿Es el judío de hoy demasiado orgulloso para trasladarse a un país donde no está más que tolerado? En muchos otros países tampoco está más que tolerado y sin embargo inunda en masa sus ciudades. ¿Son los episodios funestos, de que se componen para los judíos los siglos españoles XIV y XV, los que horrorizan hasta hoy a los nietos de aquellos desdichados? Destino más trágico aún sufrieron los hebreos en Palestina y sin embargo vuelven a cultivar este país con entusiasmo y fanatismo. ¿Temen el "cheren" que pronunciaron sobre Sefarat los rabinos del mundo? Caducó el año pasado (y además a la mayoría de los judíos modernos ya les importa poco la voluntad de los rabinos).

Para comprender el motivo más profundo del fenómeno de que los judíos europeos emigrantes prefieren todos los países a España para volver a construir en sus tierras el nuevo hogar hay que penetrar en el espíritu del judaísmo y en la historia de este espíritu.

La Diáspora de los hebreos, en su sentido más amplio, empieza con el momento de la destrucción del último templo, con el momento en que son expulsados de Palestina, patria, tierra-madre de la raza. Atraído por la cercanía de sus costas, por su fertilidad y por su semejanza con Palestina pararon grandes masas en la Península Ibérica y se establecieron en varios lugares (de los que hablaremos detenidamente en otro artículo). Además de estos motivos existió otro momento que empujó a los hebreos irresistiblemente hacia las costas españolas: ya desde la época de Salomón tenían fama por su riqueza en metales preciosos las tierras ibéricas. Sobre todo fué la abundancia de plata que indujo a los reyes hebreos a organizar grandes expediciones marítimas a Iberia. Pensando en el brillo y la fastuosidad legendaria del templo salomónico, símbolo de la grandeza de Israel, pensaban los hebreos en las minas ibéricas que habían producido gran parte del material valioso que se utilizó en la decoración del templo. Parece que, cuando los hebreos entraron en España, este país fué para ellos algo así como el hecerro de oro, o sea el enemigo de la deidad.

Dios les había expulsado del país "sagrado" donde disfrutaron de riquezas materiales, para hacerles buscar riquezas morales. Para una raza de la edad del pueblo hebreo al entrar en España no le convenía la posesión de tierras. Razas jóvenes, nuevas, necesitan suelo propio para tener algo material que defender, por el mismo motivo que necesitan ídolos corpóreos. En la infancia no pueden carecer, ni las personas, ni

las razas, de lo concreto. Pero los hebreos emigrantes de Palestina ya eran un pueblo demasiado rancio para seguir disfrutando impunemente de la materialidad infantil. La voluntad de Jehová, o para decirlo menos religiosamente, la voluntad de su conciencia espiritual fué: que dejen la tierra fértil con sus riquezas y que se dispersen sobre el mundo en busca de la abstracción del hogar, de Dios y de sí mismo.

Efectivamente tenía entonces la raza hebrea años suficientes para tirar los juguetes de su niñez: el suelo patrio y un Dios rodeado, por motivos pedagógicos, de truenos y relámpagos, que de vez en cuando se entrevista con sus respectivos caudillos. Ya brotaron en ellos los presentimientos de una patria abstracta en el sentido de "omnia mea mecum porto" y de una deidad monoteísta abstracta. Pero no pierde uno tan fácilmente los ideales de la infancia; demasiado agradable fué el sosiego que respiraban los campos de Palestina, las barbas largas y blancas de un dios anciano y un gobierno que le quitaba de encima toda clase de preocupación al individuo. El Dios y la riqueza invisible son los regalos más amargos de la Providencia. Esta misma Providencia intentó ya otras veces imponer al pueblo hebreo el placer dudoso de la abstracción: en Egipto, por ejemplo. Uno supo apropiarse entonces las riquezas invisibles de los grandes magos egipcios: Moisés. El se hizo discípulo de los sacerdotes faraónicos y enseñó más tarde a su pueblo la ciencia egipcia en forma de leyes. Pero el resto, la masa, no quiso un Dios que no era más que un concepto, ni una patria que cada uno tenía que crear en sí mismo. La estancia en Egipto fué para ellos una esclavitud, pues veían oprimidos sus cuerpos.

Lo mismo que en el anciano no se muere nunca la nostalgia de la fastuosidad de la juventud, no quiso carecer la vieja raza de los hebreos palestinos de la dulce costumbre de un reino visible. Se marcharon de Palestina en busca de una nueva Palestina, se marcharon de la patria en busca de una nueva patria.

Ningún país del mundo tiene tanto parecido con el paisaje bíblico de Palestina que las llanuras y los montes de Andalucía, de Castilla y de Levante. Aquí es donde pusieron pie en tierra grandes masas de los emigrantes y aquí es donde fundaron pueblos y ciudades que, hasta en el nombre, coinciden con los pueblos y las ciudades abandonadas en Tierra Santa.

Volver a evocar los días felices de los reyes judíos—eso fué la intención de los que desembarcaron en las costas ibéricas—. El clima, el paisaje, la luz, el ambiente, la fertilidad de España tenía un parecido fantástico con el clima, el paisaje, la luz, el ambiente, la fertilidad de Palestina. (La vid, que se extingue por su propia fertilidad, es el símbolo místico de ambos países: Canaán y España.) Y más aún: la riqueza en metales preciosos que dió a su tiempo esplendor supremo al templo de Salomón, fué sacada de España, de este país en el que se establecerían ahora. España no es una reproducción de Palestina, así debían pensar los primeros hebreos que entraron en Iberia, sino la perfección de Palestina. Aquí seremos libres, ricos y felices.

Pero tal manera de pensar no iba—va lo dijimos—acorde con la voluntad de Dios. Dios había hecho madurar el pueblo de los hebreos, no para que se portara como una raza recién nacida. Dios no había expulsado a "su" pueblo de Palestina para que le gaste la mala broma de fundar otra Palestina. Dios había mandado a Israel a la Diáspora. La desembarcación de Israel en las costas de España fué una inobediencia contra la voluntad sagrada de Dios.

Salgamos del ambiente bíblico; sustituyamos la palabra "Dios" por el concepto de "conciencia". He aquí la situación de los judíos expulsados de Palestina: Había llegado el momento en que debían hacer uso de la totalidad de experiencias culturales

que habían acumulado en el transcurso de miles de años de una existencia penosa. Libres de la preocupación del campesino por la producción del pan; libres de la preocupación del soldado por la defensa del país ante el enemigo; libres, por fin, de la preocupación del político-financiero, por la conservación interior del Estado, había llegado el momento en que debían cubrir el mundo con el brillo de su misión: de espiritualizar la cultura mundial. Ninguna raza del mundo podía resolver este problema, que es el problema cultura predominante, sino ésta, tan experta por su edad y tan a propósito por su falta de preocupaciones patrióticas. La Diáspora significa: la disolución de la masa material de la nación en el espíritu de la raza.

Y en vez de iniciar esta tarea grandiosa de la espiritualización cultural del mundo, que se presentaba como postulado natural a la raza añeja, se dejó vencer gran núcleo de emigrantes por la nostalgia del pasado y crearon una segunda Tierra Santa—guiados esta vez, no por Jehová, (el deber lógico) sino por su sentimentalidad—en la Península Ibérica.

No se puede negar que los judíos en España lograron desarrollarse espiritualmente. En ciertos momentos llegaron a ser los únicos factores de una cultura espiritual española, y la cultura judío-española representa uno de los resultados más sublimes de la historia del judaísmo. Salieron de ella poetas, filósofos, astrólogos, médicos, hombres de Estado cuyos nombres serán inmortales. En este sentido cumplieron los judíos españoles, los sefarditas de más tarde, en parte, con el deber de su conciencia. Pero no plenamente ni mucho menos.

El momento decisivo de la historia de los judíos españoles es: que llegaron a ser ricos. La mayoría de ellos fueron comerciantes, fabricantes, joyeros, banqueros. El comercio y la industria estaban en sus manos. El oro se acumulaba en sus arcas. Y por sus riquezas fantásticas fueron, más tarde, martirizados, quemados y expulsados.

El pecado llevaba en sí la penitencia. Las horribles matanzas de los siglos XIII, XIV y XV, fueron las consecuencias naturales de la inobediencia contra la voluntad de Dios, de la que se habían hecho culpables los hebreos que invadieron España. Su inobediencia consistía en haber tomado el camino prohibido, el camino hacia un país de cultura joven, de entusiasmo bélico, de fanatismo religioso. Contra todos estos factores tuvo que luchar Israel va hace miles de años: ahora, que era viejo, anhelaba tranquilidad y paz para poder desarrollar sus eminentes posibilidades espirituales. Los inmigrantes judíos en España, ansiosos de adquirir grandes fortunas para volver a erigir el templo de Salomón, olvidaron que Israel era demasiado anciano va para jugar todavía con el metal amarillo que tanto brilla, y que, si tuvo la fuerza de proporcionarse riquezas, ya no tenía el vigor para defenderlas contra la envidia.

Ya desde antes de la creación del Talmud se retiró la verdadera energía hebrea a esferas muy distantes, a las del materialismo. Desde que fué destruido el último templo, ya no es más que aparente el materialismo de los judíos: en efecto, reúnen las riquezas sólo con la esperanza de poder reconstituir el Jerusalem espiritual. Un espíritu que cultiva el odio a la guerra, como el del israelita, es bien capaz de defender sus tesoros morales y espirituales, pero jamás los tesoros materiales.

El fanatismo destructor de la Iglesia española en los siglos XIII, XIV y XV fué la falsa reacción a la falsa acción de los hebreos que invadieron España, país hermano de Palestina para reedificar materialmente el reino de David, mientras que Dios o sea el grado de su potencia espiritual, exigió que llevara el mundo con su profunda experiencia filosófica.

Si, pues, el número de judíos que viven en España hoy día es exiguo, tenemos que buscar el motivo de este hecho en la profundidad de los conflictos psíquicos que se desarrollaron precisamente por el acto de la inmigración de los hebreos palestinos en la Península Ibérica. Es el reflejo de aquel pecado, de aquel error biológico y psíquico sobre la inconsciencia del judaísmo moderno, el que tiene impresionado el mundo hebreo.

No cabe duda que los judíos volverán a España y el día del regreso no me parece lejoso. Pero, para que se pueda efectuar francamente esta vuelta, es preciso que penetren antes a la conciencia del judío aquellos fenómenos psíquicos con todas sus consecuencias que hasta ahora estaban retenidos en el caos de la inconsciencia. El abis-

mo que se percibe entre España y los judíos del mundo no es sino un estado patológico del sentimiento ético hebreo.

Los judíos volverán a España, pero no para buscar los metales preciosos que adornaron el templo, sino como "dispersos", como el espíritu sabio milenar del que surgieron religiones y filosofías tan grandes. ¡Qué buen presagio de la nueva era es la nota que hace poco publicó la Prensa madrileña!

"Los estudiantes judíos. El presidente de la Asociación general de Estudiantes judíos de Francia, Mr. Baumkoller, ha solicitado del barón Castro, miembro correspondiente en España del I. S. S., el envío de una memoria sobre la posibilidad de cursar estudios universitarios en nuestro país los estudiantes judíos..."

MEDINA ASARA

Notas sefardíes

La Biblioteca Hebrea Nacional, de la Universidad Hebrea en Jerusalén, comienza a acrecentar su fondo de libros españoles. Recientemente ha recibido un legado de Mr. Emmanuel Horta—hermano del gran rabino de Inglaterra—una espléndida colección de 7.509 volúmenes de obras españolas antiguas y modernas en caracteres latinos o hebreos.

Recibimos desde Colombia una interesantísima, espléndida revista, especialmente consagrada al estudio de la lepra. Edita 6.000 ejemplares y la dirige un gran médico hebreo español, el Dr. A. Bencheitrit.

Todos los sefardíes residentes en París se han unido en una Asociación única, la "Unión Central de los Sefardíes de París". La preside D. Nissim Rozanes, ya presidente de la antigua "Asociación Israelita Oriental". El juriscónsulto Dr. Salem ha tomado parte muy importante en su formación. Ha sido nombrado Gran Rabino Sefardí el Dr. Ovadia, ex Gran Rabino de Bulgaria. La nueva Asociación ha fundido en su seno siete Sociedades sefardíes ya existentes. Ahora se trata de extender la influencia del Gran Rabinato Sefardí de París a los 400.000 sefardíes que residen en Francia y sus dominios del norte de África, para crear una agrupación única de todos los sefardíes que viven en las tierras francesas, núcleo enorme que se ve reforzado constantemente por la inmigración de sefardíes balcánicos. Esto permitirá emancipar a los españoles de fe judía de la autoridad—arbitraria casi siempre—que sobre ellos ejerce el "Consistorio Central Israelita", de París, extraño al espíritu de nuestro hebraísmo.

Los jóvenes hebreos que estudian en los centros universitarios de Cuba han comenzado a publicar una revista titulada "El estudiante hebreo", en cuya redacción predomina el elemento sefardí. La nueva revista es el órgano oficial del círculo de estudiantes hebreos de Cuba.



Crisela Ephrussi, retrato del Dr. Pittaluga.

Gaceta de Pombo

Banquete a Giménez Caballero

Con un éxito de más de cien comensales, presididos por el ilustre Bragaglia (de paso por España para dar una conferencia sobre su interesantísimo teatro de ensayo y renovación, cavado en el corazón de Roma), por el ministro de Méjico, el ministro del Uruguay, el gran arquitecto Martín S. Noel, D. Pedro Sáinz, D. Manuel L. Ortega, don José B. Sangronís, D. Rafael Calleja, don Salvador Bartolozzi, D. Carlos Badía y don Ramón Gómez de la Serna, se celebró anoche en la Sagrada Cripta el anunciado homenaje al viajero de culturas y creador de libros interesantísimos, Giménez Caballero.

Asistieron al acto D. Fernando Gerosi, don Enrique Lafuente, D. Rafael Resa, D. José Lorenzo, D. Alfredo Rodríguez, D. Timoteo Pérez, D. Mariano Quintanilla, D. Juan Aparicio, D. Manuel Giménez, D. César Falcón, D. José María Rodríguez, D. Fernando Quirós, D. Antonio Espina, D. R. Puyol, D. Martín Urquijo, D. Emilio García, D. José Planes, D. Eugenio Garruste, D. Rafael Calleja, don Alfredo Condori, D. M. Pérez Ferrero, D. Ramón Iglesias, D. Boris Bureba, D. Francisco Guillén, D. Mariano Fuentes, D. Fernando Velá, D. Antonio Obregón, D. Gregorio Prieto, D. Rafael Salazar Alonso, D. Eugenio Montes, D. Enrique Chinent, D. Carlos Badía, D. Francisco Vega, D. Rafael Sánchez Mayo, D. Antón Julio, D. Juan Piguera, D. Luis Calvo, D. Ramón Pastor, D. Apeles Yargues, D. Adolfo Beñafie, D. Rodolfo Gil, D. Manuel Cardenal, D. Esteban Salazar Chapela, don Augusto Fernández, D. R. Ledesma Ramos, D. José G. Solana, D. Manuel Gutiérrez Solana, D. Ángel Jiménez, D. César M. Arconada, D. Agustín Miranda, D. Agustín Espinosa, D. Jenaro Artilles, D. Agustín Millares, don José Fernando González, D. Antonio Garrigues, D. Pedro Salinas, D. Joaquín Garrigues, don José Bergamín, D. Samuel Ros, D. Valentín A. Álvarez, D. L. Rodríguez Orgaz, D. I. Al-tube, D. Rafael Marquina, D. José Yañes, D. Tito Lóñez, duque de Canalejas, D. Víctor Cabo, D. Joaquín Rodríguez, D. Manuel Reventós, D. Benjamín Jarnes, D. M. Oliván, D. J. R. Gortázar, D. L. Torres Bodet y otros cuyos nombres no tenemos a la vista.

Después de la cena enjundiosa, el jovialísimo poeta Paco Vighi leyó las siguientes adhesiones:

Señores D. Félix Lorenzo, D. José María Rodríguez de Acosta, D. Julián Zugazagoitia, D. A. Marichalar, D. V. García Martí, don Ramón Menéndez Pidal, D. Américo Castro, conde de Bailén, señor Navarro Tomás, don José Castillejo, D. Luis de Zulueta, D. Lorenzo Luzuriaga, D. Andrés S. Morera, D. Máximo José Kahn, señor Gasch, D. Juan Estelrich, D. José María Sabater, D. José María Salaverría, D. Ángel Veguer, D. Antonio Ballesteros y Usano, D. José Pinazo, Sres. Olague y Correa-Calderón, D. Fernando Villalón, don Luis Amado Blanco, D. Eugenio d'Ors, don Francisco Ayala, D. Ogier Preteceille, señores García Blanco y Enrique Calleja, don Enrique de Juan, D. B. Pueuruel Miró, don Ángel Sánchez Rivero, D. Gabriel Miró, don León M. Granizo, D. J. M. Ruiz Manent, don Rodolfo Halffter, D. Eduardo de Ontañón, don Juan Gutiérrez Gili, D. José Gaos, D. Jorge Guillén, señores Gómez Mesa y Sucre, don Juan Miró, D. Jaime Ibarra, señores Blanco-Bombona, Sota, Fernández Almagro, Góngora, Díaz-Plaja, Gueix, Roberto Castrovido, A. Goicoechea, Vicente Aleixandre, Concha Albornoz de Segovia y algunas otras. De ellas destacamos las siguientes:

Sr. Giménez Caballero.

Querido Giménez Caballero: Hace mu-

cho tiempo que ni asisto ni envío adhesiones a banquetes. Las razones de ello son muchas.

Por eso no le envié ayer mi adhesión, pero se la envío hoy después del banquete. Suyo affmo.,

Ortega

Sr. D. Ernesto Giménez Caballero.

Querido amigo: Ya sabe cuánto he apreciado el resultado de su reciente viaje a Oriente. Tengo, pues, mucho gusto de enviarle un saludo de adhesión al homenaje que, con motivo de ese éxito y de otras actividades literarias suyas, le tributan algunos amigos, de cuyo número me hubiera gustado formar parte, si el estado de mi salud, que usted ya conoce, no me impidiera asistir.

Suyo affmo.,

Ramón Menéndez Pidal

Madrid, 5 de enero 1930.

Sr. D. Ramón Gómez de la Serna.

Querido amigo: Me voy a Barcelona y esto me impide asistir a la fiesta pombiana en honor de nuestro amigo Giménez Caballero. Hubiera hecho una excepción en honor de ambos; pues su ímpetu, talento y desinterés se lo merecen.

Le abraza su buen amigo,

M. Urgoiti

Querido Giménez Caballero: Téngame por uno de los más fervorosos adheridos al banquete de esta noche y, por adelantado, a otras más amplias consagraciones que le esperan y que usted ya tiene merecidas. Soy su admirador de siempre, desde que apuntó su carrera literaria, y lo he sido más cuando le he visto sobreponerse a las circunstancias, lo que prueba cuanto hay de sólido y de firme en su talento.

Un abrazo cordial de su buen amigo y compañero que le quiere de veras,

Lorenzo

"Germa", revista de la Asociación Profesional de Estudiantes de Medicina (adscrita a la F. U. E.), atenta a todas las manifestaciones de juventud, universidad y cultura, se asocia administrativamente a este homenaje a Giménez Caballero, en quien rinde culto a la energía, a la avasalladora impetuosidad de un joven universitario español, modelo cerebral de Quijote moderno, acometedor y emprendedor de difíciles y ya logradas labores culturales de innovación.

La Redacción

Mi querido Ernesto: Al disponerme a marchar del Centro, con ánimo de asistir a su comida, me telefonearon que un cuñado (marido de mi hermana) se ha agravado mucho en la enfermedad que padece. Haré, a pesar de esto, lo posible por asistir; en otro caso, cuénteme como presente—como el más entusiasta—, y crea que me alegro de corazón por su éxito y sus triunfos. El homenaje es "archifusto". Su

hermosa actividad, su talento de gran escritor, le hacen acreedor a la estima constante y pausada de todos, la cual durará sobre el eco de los banquetes—testimonio ruidoso y un mucho vulgarizado (aunque reconocamos que "Pombo" es "Pombo"— y yo procure hacer todo lo posible por ir). Felicitación y abrazo,

Américo Castro

8-1-30.

Sr. D. Ernesto Giménez Caballero.

Querido amigo: Aunque no estoy de acuerdo con sus ideas políticas—que estimo equivocadas—, aprovecho gustoso esta ocasión para testimoniarle mi admiración sincera. Primero: por su obra literaria. Y después: por su valor personal, que le permite decir cuatro burradas al más pintado. Suyo,

Rodolfo Haeffler

Madrid, 7 de enero.

Señor D. Ernesto Giménez Caballero.

Querido Giménez: Me he enterado de que mañana se le da a usted un banquete. Por principio tomado hace ya mucho tiempo y hasta el presente mantenido, no he asistido en mi vida a ningún acto semejante. Las circunstancias en que ahora me encuentro tampoco son las más propicias para permitirme una expansión semejante. Sin embargo, los sentimientos que le profeso me han hecho vacilar fuertemente en este caso entre asistir o no al banquete. Tanto me mueven y hasta obligan a participar en este acto de renovación, o mejor, de expresión especial de los mismos; porque, al menos por lo que a mí se refiere, y como usted bien sabe, no necesito de ningún acto semejante para que acompañen el recuerdo de usted cuantas veces tengo éste.

Pero al fin he pensado que todo es compatible: no asistir al banquete y sin embargo renovarle o expresarle, de una manera especial en esta ocasión, mis sentimientos. Basta para ello que también yo organice mi homenaje personal a usted. El cual consiste en adquirir un ejemplar de su imperial última obra, para que usted me lo dedique, precisamente en la fecha de mañana, y en remitírselo, a este fin, acompañado de la presente carta, en que voy a decirle con toda sinceridad y llaneza—condiciones mutuas—los sentimientos que le profeso y el motivo de que se los profeso.

Ante todo, le admiro a usted altamente como escritor. Yo tengo para mí la modesta, pero independiente y arraigada opinión personal, de que usted ha escrito algunas de las mejores páginas de prosa española contemporánea. Aunque creo haber leído bastante—pues también yo he tenido una adolescencia intelectual voraz—, no he leído nunca nada del vigor viril, seco, tenso y vibrante de algunas páginas de usted. Recuerdo, por ejemplo, un artículo en "El Sol" sobre la pradera de San Isidro. Y no quiero decir que sea lo mejor, ni lo único. Pues ni conozco todo lo que usted ha escrito, ni recuerdo en este momento, por igual, todo lo que de usted conozco. Pero como escritor tiene usted más alto mérito que el de prosista superior. Tiene usted el mérito—de fondo—de agitar los espíritus. Todo lo que contra usted se conciba, ¿qué es sino el máximo homenaje que se le puede tributar a la capacidad de concitarlo? ¿Cuántos de los que le ladrán



Yo, que me marchó a París.

quisieran ellos oír los perros! Será exacto o no lo que usted acumula con tan formidable—literalmente—trepilación en la carta al lector de Gotemburgo; será exacto o no lo que usted me decía la otra noche, pero ¡cuánta originalidad no se necesita para sentir y pensar tan a redropelo, para sentir la dignidad de descendiente de Cortés en este medio en que todos los demás somos unos buenos chicos de los dogmas humanitarios, liberales y sedativos!

Pero, yo no sólo le admiro a usted. La admiración me parece un sentimiento siempre un tanto externo, periférico. Yo siento por usted algo más de dentro: afecto cordial por el hombre bueno. La forma de su bondad es el darse, casi el volcarse. El mismo fervor con que usted me acompañó por las calles de Madrid, casi trotándola, la noche en que nos conocimos, lo ha vertido usted en nuestra plaza pública intelectual. Es usted el hombre que se ha puesto públicamente a disposición de todos, como aquella noche privadamente a la mía. Esta misma cosa que usted tiene, querido Giménez, es a la vez un vicio y una virtud igualmente magníficos: el vicio se llama prodigalidad y la virtud generosidad.

José Gaos

Don Ramón Gómez de la Serna.—Madrid.

Mi estimado compañero: He recibido su amable invitación para el banquete pombiano a Giménez Caballero. Gracias por el recuerdo. Mi pobreza excusa mi asistencia. Cuenten, sin embargo, con mi adhesión. Una adhesión de escritor de retaguardia, que no entiende, ni quiere entender, de cosas estéticas. Ahora bien; para mí es claro el talento de Giménez Caballero y el de algunos muchachos de su gran escuela. De otros... no entiendo nada. Me parece que son unos señoritos que han fracasado como imitadores de Carrere.

Yo no soy otra cosa que un escritor socialista. Y no quiero otro título. Lo que no me impide—¡claro que no!—ser su admirador, lejano, callado y desconocido.

Le envío hoy mismo un libro mío: Recibalo en pago de muchas alegrías de lector. Y exprese a Caballero mi alegría por sus éxitos.

Su amigo y compañero,

Julián Zugazagoitia

Santofia, 3-1-930.

Leídas las adhesiones, brindó Gómez de la Serna, ofreciendo el banquete, y tras él Antonio Espina, Ledesma Ramos, Antonio Obregón y el festejado, para dar las gracias.

El brillante acto acabó en la mayor cordialidad, ensayándose los primeros fogonazos del nuevo magnesio sin humo.

1827: Su mirada morena y su mirada rubia AUSENCIA

UNA REPLICA

Hemos recibido la siguiente carta, que publicamos en prueba de imparcialidad:

Señor director de LA GACETA LITERARIA.

Muy señor mío y de toda mi consideración: En el número de 15 de diciembre de su interesante revista, un señor Ledesma dedica unas cuantas frases nada corteses para mí ni para la Academia, al discurso que tuve la honra de leer ante aquella corporación con motivo de la inauguración del curso.

No me inquieta lo que de mí pueda pensar el señor Ledesma, y sus alusiones tampoco han de mermar lo más mínimo el prestigio de la Academia. Es verdaderamente curioso ver cómo acusan de incompreensión a los demás los que acaso no han llegado a comprenderse a sí mismos.

Lo que desde luego puedo afirmar es que el señor Ledesma no ha entendido o no ha querido entender mi discurso. Tampoco es mi empeño el hacérsele entender, en lo que probablemente perdería el tiempo; pero como los lectores de LA GACETA LITERARIA merecen más consideración y tienen derecho a no ser sorprendidos con tres o cuatro frases despectivas, me dirijo a usted en esta carta, que espero de su probada imparcialidad que será publicada, y en la que, con la mayor brevedad posible, quiero resumir las afirmaciones más objeto del comentario.

Mi tesis era ésta: la Filosofía, ni existe ni puede lógicamente existir como doctrina coherente y como disciplina separada del resto de la Ciencia: en vez de servirle de antecedente y de dictarle leyes, debería ser, para ser algo, el resumen y la síntesis de la labor científica, y esto sólo lo puede hacer, y en la medida de lo posible ya lo hace, la Ciencia misma.

Por eso, los filósofos que no son más que filósofos (tampoco me he referido a los hombres de ciencia *per se* y filósofos *per accidens*) se debaten en problemas, con frecuencia ilusorios o pueriles, sobre los que no logran ponerse de acuerdo; pero como los hay entre ellos que son hombres de talento y hasta inteligencias privilegiadas, a veces, a pesar de su falta de preparación científica, pueden tener algún feliz atisbo que merezca ser tomado en cuenta. Sólo que esto es la excepción: es como la d'ni-ni-pajilla de oro perdida en la inmensidad de la arena; para obtener un rendimiento aceptable, vale más explotar una mina, aunque fuera de hierro.

Por esto también quería yo decir a los jóvenes: abandonad las sendas del fracaso y no os dejéis alucinar por falsos espejismos: quebrad de verdad los ídolos, y si sentís ansias de conocimiento cierto y positivo, aplicaos a la ciencia, frecuentad sus caminos, tendréis mil ocasiones de ejercitar vuestra inteligencia generalizadora o "util".

Pero si no es la precisión del concepto de la ley lo que os halaga, si los apelos de vuestro espíritu son vagos e indefinidos, sed francamente artistas o místicos, y si vuestra voluntad es más recia, sed simplemente hombres de acción. No caigáis en la tentación de ser filósofos.

Y si después mi consejo, todavía os dard otro por lo que valga. Si sois españoles y queréis ser filósofos, no busquéis vuestra inspiración en las nebulosidades almanas; romped en buena hora con la tradición; no romped por vuestra propia cuenta, des-olegando las intuiciones de vuestro espíritu español. Son admirables de Alemania ciencia y su técnica, y habrá que estudiarlas, porque esos son valores objetivos y universales; pero, a pesar de sus pretensiones por lo absoluto, nada es tan subjetivo como la Filosofía, y lo subjetivo está siempre condicionado por la raza y por la historia.

Y si tampoco en esto me hacéis caso, no puedo hacer más; Dios y la Patria os demanden.

Con gracias anticipadas, queda de usted señor director, atento y seguro servidor

q. l. e. l. m.,

PEDRO M. GONZÁLEZ QUIJANO.

ROGELIO VILLAR

"MUSICOS ESPAÑOLES". — Segunda serie, 6 pesetas.
"LA ARMONIA EN LA MUSICA CONTEMPORANEA", 2,50.
"TEORICOS Y MUSICOS", 2,50.

Se entiende por Romanticismo la demostración lograda, mediante ecuaciones estéticas, de que es inoportuno vivir en este mundo. Porque una voluntad superior a la propia se obtiene en apartarnos de lo que necesitamos poseer. Porque la constitución particular de nuestra alma nos priva de las ventajas que confortan a las almas vecinas. Predestinación. Inadaptación. Duque de Rivas y Tourgueneff. Ibsen. Es decir, que localizado en un siglo, vemos atravesar los cristales superpuestos de muchas dispare modalidades, un reflejo continuador del volteriano "Yo contra todos", sollozado y gritado por sugestión distinta a la que generó ese lejano grito; pero siempre dado a los aires con el más angustiado fervor.

Romanticismo implica diversificación; es el fruto inesperado, y hermoso de la caza al hombre que se viene practicando desde el tiempo de los orígenes. Las sucesivas metamorfosis del cazador han ido imponiendo una paralela variedad a los provisionales desenlaces del drama, sin excluir la permanente analogía de todos sus actos. Esta analogía se funda en la conciencia mantenida por el hombre a lo largo de las generaciones, de su calidad personal solitaria y diversa.

El primer deber impuesto por la adaptación disfrazada, que es el Romanticismo —aun en su aspecto blasfematorio y protestante— es el de aceptar la persecución mediante el sentimiento de la diferencia individual frente al infinito y frente a la restante fauna humana. Luego de este sentimiento adulator y auxiliar, ha venido la domesticación del elemento perseguidor, su incorporación a familiares pautas. Acosado por las fieras y el clima o por los dioses y el criticismo de su alma, el hombre, como tal, no ha tenido bastante con ir venciendo a grados las renovadas invasiones de penas, sino que trazó una ideología, una razón de orden para lo anormal ofensivo, una Constitución para la perfidia entronizada. Tranquila en su inquietud y hasta un poco halagada por el privilegio de no padecer un espíritu de serie o por el de que fuera el mismo soplo de los dioses el que hinchase las velas de su vida, la criatura humana pudo escoger entre dos posturas de alma: la de antiguo, inspirada en aquel romanticismo que nació en un albergue de pastores, como D. José de Espronceda, y la consagrada a embellecer con difíciles juegos la fermentación de un instinto inútil.

La cuestión es escaparse de este mundo y de uno mismo. No hay tendencia más acusada entre las que mueven a la humanidad. Y dos son las tempestivas puertas de escape. Las tempestivas, por infrecuentadas y estrechas, como toda puerta de que podamos esperar algo. Y ambas llevan a un desarrollo del acervo moral, bien hacia la actividad militante, con rumbo a un sistema prometedor y utilitario, o bien hacia la moral transformada en esa otra labor lo mismo de ferviente, aunque sin cálculo ni esperanza. Porque aun dispuestos a no mirar en este momento sino a la desviación "arte" del gran cauce moral, conviene insistir en la relación de la base ética con la obra de belleza. Tal vez sea ya del dominio público la evidencia de que nada hay más ajeno al arte que el propósito moralizador; pero quizás pueda repetirse, sin molestar oídos expertos, una aseveración destinada a subrayar la relación de causalidad entre la ética y el arte. Primero, como la única posible de establecer juiciosamente. Después, porque ello tendería a facilitar la justificación no tan sólo del soplo escondido que empuja la bahumba social hacia un destino oscuro, sino de la fuerza individual que es nuestro signo específico y consume al hombre en un género de actividad para el que ni siquiera se concibe destino.

Nuestra lógica no halla explicación para el don de arte; no puede dar carta de vecindad en la naturaleza a un don de energía sin ministerio político, a una facultad sin papel en el concierto económico a que vemos sumisas las energías propiamente vitales, a una manía que nada persigue, que nada consuela y que sólo se manifiesta por un incongruente prurito de existencia desesperada. El don de arte supondría la aprobación de lo inútil por la naturaleza; supondría un amor al hijo de que la naturaleza no nos dió nunca ejemplo. Es más humano soñar la realidad de un don de dolor provechoso, cuya semilla germina hasta lograr floraciones de oculta transcendencia.

El arte sería una consecuencia ordinaria, una resultante precisa de cierta situación moral, no la preparación de algún desenlace. Dando este cimiento al hecho estético, la fe se hace posible y no descorazona la ignorancia del fin. Y no perdiéndole de vista en su calidad de animal que sufre, el artista se explica.

Hasta aquí se ha pretendido hablar del Romanticismo que explora la vida con mirada morena, mirada zingara de fakir o de bonzo, casi ciega de puro contemplar al infinito como unidad. Ni gradación ni claroscuro para este mirar hechizado: todo el panorama un tablero cuadrícula de tonos violentos y hostiles entre sí; todo blanco o negro, si o no, bien o mal, muerte o vida. Y como sólo principio de armonía, el inevitable "mi reino no es de este mundo" propuesto desde el tiempo en que el hombre decidió aprovechar sus fuerzas más preciosas. Todavía empleado con un fiero afán de desquite semejante al del principio.

Pero del mismo dolor en que toma pie la flecha rectilínea y a la vez que ésta toca en el blanco más céntrico, vemos manar y pasearse con calma sobre el escenario el reflector de una visual cónica, diseminada, abierta y satisfecha de su divergencia que le permite coger entre la abertura de las ramas todo el inmenso norte-sur de la pantalla. Mirada rubia y sensitiva, puesta a valorar al infinito como múltiple. Para ella el vértigo de percibir matices graduales, y el gusto cruel de esfumar contornos y sorprender correspondencias. No es constructiva esta mirada. Es humildemente comprensiva. Y por tanto, perdonadora. Indignarse y perdonar son dos partidos que se toman a impulsos de una misma necesidad de consuelo, o, si se quiere, de clarividencia. Falta decir si alguno es eficaz. Quien se indigna termina contraatacando y se construye un sistema del mundo como arma de combate. Quien perdona no edifica nada positivo; pero tampoco se deja absorber por la brega incesante de reforzar su construcción. Entonces, sitiado por un infinito de ociosidad, cercado de vacío por los cuatro quicios, el buen indulgente experimenta una suerte de afán deportivo que le lleva a simular cualquier útil andamiaje. Un andamiaje nada más por gusto de hacer manos, y cuya sustantiva virtud es la de ser provisional y sin pretensiones. Un "chassis" apenas consistente, mal trabado con hilos de ingenio y de sonrisas.

Ahora no hay que olvidar que Heine o Larra son el producto de una interferencia del "humor" y la pena—porque pensar sigue siendo indispensable—. Sin la cardinal concurrencia del infortunio, la mirada rubia sería confundible con la mirada blanca de la ironía o con la mirada roja del sarcasmo. Ironía y sarcasmo arrastran todavía una secular impedimenta de admoniciones y programas: les queda la esperanza. "Humor" empieza por admitir lo existente como razonable e incapaz de tomar otra forma. No es la voz de Isaias que se refresca con los nuevos modales de una nueva cultura; más bien es la exhortación a desoir por fin y para siempre ese acento que clama tan en balde desde lo hondo de los tiempos.

¿Para qué oírlo ya, cuando ningún fruto nos dieron nunca sus clamores? Moralizar se hace sinónimo de pérdida de esfuerzo. Y esta nueva situación de conciencia se tradujo en postura estética favorable a la persecución y muerte de la moraleja. De seguro hemos andado muy de prisa al insinuar un claro contacto de la mirada rubia con la opinión actual, obediente al postulado de que no es hora ya de interpretar el mundo, sino de crearlo de nuevo. Pero es que el "humor" es verdaderamente un hilo de enlace, por más revueltas que haga entre las estéticas del 19. Si el arte ha aprendido a deshacerse de intenciones patéticas, imitativas y didácticas, a la sonrisa lo debe y a la flema redentora de la mirada azul. Y ello, claro está, sin dejar de ser romántico.

R. PORLAN Y MERLO

LA GACETA LITERARIA

APARTADO 33

MADRID

Ayuntamiento de Madrid

Infinita niebla gris,
rompe nuestras vecindades.
Tú ya no ves esta luna
ni el revés blanco del aire
animador de balcones
en altas horas iguales.
Pañuelos agita el viento
silenciosos y fugaces.
Tú sobre el filo del agua,
lentamente, imperturbable.
Yo sobre el centro del cielo,
abrigado y sin detalle.
Jamás otras luces frías
helarán nuestros cristales
sobre reflejos en negro
barajando inquietos naipes.
Sola tú—coma baranda
de exacto balcón delante—
y un mar de tinta, sin barcos,
virginal de tempestades.
Yo durmiendo en mis terrazas
al pie de las catedrales,
en triple bruma sumido
cerca del pardo paisaje
de altos árboles desnudos
en alamedas, sin nadie...
Infinita niebla gris,
rompe nuestras soledades.

JOSÉ MARÍA SOUVIRON

De la Universidad

Un reportaje de extensión universitaria ha llevado, por vez primera, la Universidad española a todos los rincones de la Península. Reportaje a cargo de un agudo e inquieto ex universitario en el tiempo. De un siempre universitario en el espacio: Fernando G. Mantilla. Cineasta. Radiotransmisor. Investigador. Garantías que dan un contenido moderno a la nueva tentativa. El micrófono entró por los claustros entre un alegre vocerío de estudiantes. Momento interesante. Del que hubiera dicho el siglo xx: "la técnica ha entrado en la Catedral de la Ciencia". Pero la Universidad no tiene nada de templo. Y si algo tiene hay que quitárselo. Indicio de la entrada tumultuosa de la calle es la llegada del micrófono. Ha entrado como un alumno más, en las manos de un antiguo alumno rodeado de alumnos—y, sobre todo, de alumnas—y ha entrado en clase.

En la emisión radiada de la vida universitaria hubo dos partes: Primera: la historia de la Universidad. O mejor la historia de su presente y sus posibilidades. Al grito de ¡vacaciones! Acaso protesta contra la frialdad moral de las aulas de ahora. Esperanza de una Universidad "en mangas de camisa". Más deportiva. Más popular. El estudiante de hoy, que ya tiene conciencia ciudadana—sea la que sea—es ya una realidad de trabajo y eficacia. Aunque aun no lo sea del todo el edificio. Luego afirmó el micrófono que cultura universitaria no equivale a sabiduría. La cultura universitaria es un arma. Puede traducirse por este concepto: Técnica. Sabiduría es adoración de lo ya creado. Técnica es actitud para crear lo que no se ha creado todavía. De la Universidad se sale sabiendo cómo se pueden hacer cosas y dónde buscar los libros, las fuentes que enseñan a hacer cosas. Esto sólo se aprende en la Universidad. Es totalmente extraño a toda autodidáctica. La Universidad es La Casa de la Técnica. Término societario. Justo. Preciso. Exacto. ...Todo técnica. Hasta la filosofía. Lo único serio que hay en España es la Universidad. Porque en ella actúa la juventud, que es lo único serio que existe en el mundo. Al menos después de la guerra.

Hasta aquí la charla del micrófono. Luego, entró la radio en la clase del profesor Ovejero. Elegido como catedrático esencialmente representativo. Porque ha sacado a la Universidad de las clases para derramarla por Museos y ciudades artísticas. Organizador de caravanas estéticas. Educador de masas obreras. Enamorado de la enseñanza. Compañero y amigo de sus alumnos. Hace de la cátedra una fe. Al hablar ante el micrófono correspondió plenamente a su figura popular, afusilada, nerviosa. Interpretó el lenguaje universitario.

Gaceta Americana

Estructura de la actual poesía brasileña

La sustancia nativa.

Aquí en el Brasil, como en la América española, una vez aplastado el espíritu indígena, las primeras manifestaciones culturales que salieron a la superficie, fueron de sello absolutamente europeo. Aun en el célebre y nunca suficientemente célebre José de Alencar, vemos un divorcio absoluto entre el tema nativista que escogía de preferencia y la sustancia de su arte. Conscientemente se quería hacer obra autóctona, pero el ídolo íntimo de la tierra amazónica no había penetrado aún en el complejo ancestral del escritor. Pero aquel extraño licor no podía permanecer inactivo para siempre.

Ahora vemos que de toda América y en diversos campos de la actividad del pensamiento hay una voz más o menos unánime que proclama la existencia de un espíritu americano. Y para ello existen razones de peso, por más que los productos que salen de la superficie tienen, a veces, la debilidad de mostrar en ellos los elementos superpuestos.

Este fenómeno, de una cultura americana, ha de producirse muy especialmente en la verdadera América, que es la que se extiende desde Méjico hasta Chile, la que se cruza desde el Perú hasta el Brasil, y aquella que se elabora junto al río de la Plata. Y esto debe ser así porque los colonizadores españoles y portugueses, si bien no traían la comodidad de una civilización robusta, en cambio, en su mismo espíritu aventurero y batallador, poseían la sana intención de sumarse totalmente a las tierras donde llegaban.

La poesía nueva del Brasil tiene su indiscutible sabor americano, aun cuando—en los mejores casos—éste no se manifiesta como una preocupación consciente. Paso a paso, los factores han de irse sumando totalmente a la sustancia de la tierra para constituir sólidamente este carácter nuevo, que aun no se define bien, y—para decir como Worringer—organizar la nueva voluntad artística. Veamos mientras tanto aquello que ya no puede permanecer inactivo.

Elaboración de la estructura actual.

La batalla demoledora que libertó el arte de la rutina tuvo aquí también su acción indispensable, antes de construir su actual estructura. La fermentación contra el pasado inactivo, más instintiva que consciente, y la violencia de la primera fase, algunas veces no produjo más resultado que el ruido de la campaña; pero ya en medio de la demolición comenzaba a elaborarse la nueva fisonomía.

Como siempre, los más jóvenes fueron los más insubordinados; pero entre ellos hubo de una insubordinación lenta y silenciosa. Fácilmente se agregaron también los que, continuándose desde el pasado, podían pensar con Ortega y Gasset que si la experiencia nos enseña que siempre el tiempo dió la razón a los jóvenes, ¿por qué esta vez habían de tenerla los viejos?

Ya en medio de la lucha renovadora de la poesía, llevada por un frente único en su intención, podían, sin embargo, notarse las diferentes orientaciones en que se canalizaba la atención artística. Y no es aventurado decir que esta diferenciación está determinada por el estado de asimilación de los factores del medio ambiente natural. Colocados frente a una naturaleza abrumadora y en medio de una efectiva fusión de tres razas diversas, la actitud del artista está subordinada, en gran parte, al grado de liquidación de estos elementos, los cuales deben, sin duda, influir fuertemente sobre la naturaleza de la imaginación creadora.

Hoy, los que absorben frente al paisaje se resuelven a describirlo, enumeran sus condiciones y le rinden un culto casi objetivo; entonces se opera un retorno primitivista, el cual tampoco tiene el carácter estricto de un retorno. Así nació la tendencia elaborada en torno a la revista de "Antropofagia", de São Paulo; ahí Oswald y Mario de Andrade dan sus mejores obras, constituyendo su credo doctrinario primitivista, sin que por ellos pueda descuidarse al observador el escepticismo que en el fondo de su propia obra se vuelve contra su propia doctrina. Menos doctrinarios hay otros numerosos poetas en los otros Estados que cultivan de preferencia también el tema criollo.

Es el mismo impulso juvenil el que anima a los que bajo otra orientación vuelven sus

ojos hacia la civilización que viene del norte y buscan allí los motivos dinámicos del arte. Puede verse allí algo así como la sombra de Walt Whitman. Es el caso del poeta Ronald de Carvalho y de la revista "Movimento Brasileiro".

Desde otro costado se ve a los que retiran toda su atención de los motivos puramente objetivos y saturados de una espiritualidad, en la cual no se puede desconocer una influencia ancestral, buscan sus estímulos dentro de sí mismos, laborando siempre a cierta distancia del suelo; pero con todo el sabor a sueño y a melancolía que el trópico da al pensamiento. Ellos vuelven los ojos más para el significado de las cosas que para los objetos mismos. En torno a la revista "Festa" está Tasso de Silveira, a quien un temperamento filosófico no le impide conducir la poesía por entre las sutilezas del sentimiento.

Por más que éstas sean las líneas fundamentales por donde se orientó en un comienzo la poesía joven, actualmente las corrientes tienden a hacerse individuales y constituyen, acaso así, un panorama variadísimo bajo un sello común. Es por lo tanto indispensable ocuparse también de las figuras que es imposible clasificar y que, sin embargo, han contribuido con su aporte duradero.

Alvaro Moreira va levemente por entre los motivos de la vida vulgar, tomando de ellos—con gran sensibilidad—el gesto escéptico, y no esconde una expresión desilusionada. Cecilia Meirelles, buscándose en el fondo de sí misma, descubre el secreto que se esconde detrás de cada pensamiento, y para descubrirlo intimamente subjetivo, da a las palabras el significado oculto que ellas tienen, o sea el significado que hace el símbolo sutil y que encierra la esencia del misticismo. Gilka Machado, para su canto de amor prefiere el ritmo simple y las palabras enteras. Murillo Araújo se dispersa entre los diversos motivos, donde no oculta su temperamento religioso. Augusto Meyer, desde el sur de Rio Grande, mezcla lo íntimo del paisaje a lo íntimo de sí mismo. Felipe de Oliveira busca las secretas sutilezas del sentimiento y las expresa con un lenguaje de la más pura poesía. Y así otros muchos que no alcanzamos a comentar.

La misma imposibilidad de determinar las corrientes de la actual poesía del Brasil nos anuncia el momento en que se constituye su estructura única, el momento en que se rompen las escuelas, se deshace la fórmula para dar paso a la elaboración del individuo y buscar la poesía en el fondo de cada cual.

Ampliamos este artículo con una antología, que si bien no los reúne a todos, señala a los más caracterizados. Al ser traducidos los poemas, han sido consultados la mayoría de los autores para poder mantener, más que el significado de las palabras, la intención con que fueron usadas. Agreguemos que este estudio no tiene más valor que el sentido transitorio de introducción, y por lo tanto, ha de irse integrando, paso a paso, por los aportes que la curiosidad de cada lector añada al conocimiento de la poesía del Brasil.

GERARDO SEGUEL.

Río de Janeiro, noviembre de 1929.

OSWALD DE ANDRADE

Prosperidad.

El café es el oro silencioso del cual la escarcha rociada arma tostaderías al sol, pajarrillos silaban de calor. Aquí estamos llegados a la tierra grande de las cruzadas agrícolas que en el tiempo de Fernán Díaz y de la esclavitud plantaron haciendas como semillas e hicieron hijos en las señoras y en las esclavas.

Estamos delante de los campos atávicos, llenos de gallos y de reses, con portones y senderos, usinas e iglesias, cacerías y frigoríficos, elecciones, tribunales y colonias

MARIO DE ANDRADE

Momento.

Nadie ignora que la inquietud del clima [paulista, pues tuvimos hoy un arreo fresco de neblina. Después del inmenso calor de una noche [medida, sin sueño, una neblina liviana se desprendió de las nubes lisas y se posó un momento sobre el cuerpo de la ciudad. ¡Oh, como era buena y el cariño que tuvo [posándose! No espantó, no batió alas, ni hizo ninguna [bulla, vino que ni un beso de madre si estoy abusando [irrido. Vino mansita, sin miedo de mí y se posa [en mi cabeza. Así la neblina hizo, y el soplo de ella calmó la pena [mó la pena de esta ciudad histórica, de esta ciudad completa. Lleva del pasado y del presente, una noche [en que nació. Los besos de mi madre, son tal cual la neblina madrugadora. mi pensamiento es tal cual San Paulo, es [histórico y completo, es presente y pasado y de él nació mi ser [verdadero... ¡Ven, neblina, ven! ¡Bésame, sóségame el [pensamiento!

RONALD DE CARVALHO

Toda América.

¡Oh! América, tu poeta será un constructor, y como aquel que lanza al agua el barco [migrador, y como aquel que domina la masa por el [número, él tendrá la ruda imaginación del inventor. Y delante de tu obra de granito y de fierro, de madera y de arcilla, delante de su obra áspera y nueva, llena de hombres y de animales, de aguas, [de plantas y piedras. América, tu poeta caminará en el milagro de la creación.

GUILHERME DE ALMEIDA

Sobre la nostalgia.

En la madrugada toda rosácea, yo descendí al fondo del valle verde adornado de bruma, para llenar mi cántaro, de arcilla porosa, en un agua nocturna que fué el espejo de las estrellas. Cuando la sed puso un beso seco, de fuego, en mi boca, yo extendí mis labios para la arcilla hosca; y el reflejo blanco de una estrella helada flotaba en la superficie del agua exilada.

ALVARO MOREYRA

Súplica.

Quiere de ti la promesa: cuando venga el último sueño has de ponerme la cabeza en hojas muertas de otoño... para que yo sueñe (¡tan lindo! el sueño de los sueños vanos), que voy sereno durmiendo en el amparo de tus manos.

MENOTTI DEL PICCHIA

Espectros.

Nuestro pasado fué una busca de nosotros mismos... Fuimos dos desgraciados sublimes que anduvimos tras de nuestro amor como quien procura en un burgo nocturno—golpeando en todos los lares—el lar de nuestro espíritu... ¡Cómo desperdiciamos nuestra juventud! Siento nostalgias retrospectivas... Por eso nuestro amor tiene la tristeza de la nostalgia de nosotros mismos...

FRANCISCO KARAM

La hora eterna.

Mis ojos entraron dentro de los horizontes [con el vagón que te llevaba.

Yo quedé inmóvil como la piedra llena de cicatrices y dentada de lacas Yo viví la eternidad inconsciente de una [roca. Por ella morían hilos húmedos de fuente. Por ella subían los musgos de los siglos, de las raíces finas como espadas. Había frío... Había frío... Yo envejecí de repente.

CECILIA MEIRELLES

Huirás con vestidos negros por dentro de la noche confusa. Pero yo sabré por dónde pasaste, por las estrellas desabrochadas en el camino. Esconderás tus palabras dentro de las rocas [más duras. Pero en las lenguas líquidas de los ríos tu voz se escurrirá... Sabré que hablaste de mí. Mi pensamiento será una flecha arrojada [sobre tu fuga. Volaremos así a través de mundos y mundos [dos inmóviles... Y entre nosotros dos, irán volando todos los [tiempos encadenados, partiéndose como murallas de nubes en el brusco viento altísimo de nuestra [pasada...

GILKA MACHADO

Para el otro yo.

¿Por qué no vienes forjador de mi voluptuosidad? Hay en mis líneas imprecisas de deseo, que tu cariño debería modelar; tus manos milagrosas emprestarían expresiones inéditas a mi cuerpo maleable... ¿Por qué no vienes? A tu venida, se cerrarían mis labios, mis brazos y mis alas... Quedarías en mí ensimismado, en el regazo de mi ser que es tu sombra... Quedarías en mí como una visión en mis párpados cerrados para el sueño.

MURILLO ARAUJO

La suave espera.

Una noche vendrás de un cielo distante como una novia real en flotas regias. En el mar, adornado de joyas, llameante, oscilarán, ornadas, galeras... Y de lo alto de una terraza rutilante, clamará divinando tus flotas: —Es la hora en que vendrá hasta mí, gloriosa,

esa que espero... y muero de esperarla. Lanzad en las sendas de la Maravillosa cien rosas muertas para su pisada. ¿No viene de la luz de la luna que espারে bendiciones de oro, trémulas polvaredas de cristal en el aire? Enguila en la sombra, fulgurantes de oro, cien luces de oro para iluminarla. Soy como un rey de inmemorial memoria... Ved... Es un tesoro que me viene del mar... Soldad en las nubes en señal de gloria cien palomos blancos a la claridad lunar... Soy como un rey de inmemorial memoria... Ved a la reina que me hace llorar... Y las trompas sonarán... Y ¡oh mi deseo! vendrán del mar, como el aura de las bonanzas,

radiante entre laureles de tu cortejo todo de palmas y pendones y lanzas.

AUGUSTO MEYER

Derroche.

Cigarra, yo tampoco tengo carne ni sangre y soy tan leve que a veces siento una nostalgia humana de [la tierra. Una gota de rocío me embriaga, un rayo de sol me corona, la nube que pasa me llama —y yo allá voy, cosa pasiva y buena, ebrio de viento y de voluptuosidad, sin saber, sin recordar—dejándome ir... Amo todo lo que es móvil y flotante

porque mis ojos no se cierran sobre la ima-
gen
y mis manos tienen el orgullo de las coro-
[las vacías...]
¡Ah! Vivir como un reflejo
en el movimiento tan fácil de las olas...
Vivir en la dispersión total del derroche.
Después
acostar el cuerpo en la tierra,
oir la voz mecedora
del viento bueno entre la hierba:
"Duerme, duerme yo te mezo, hijito mío,
en el seulo oscuro hay una luz,
hay un sol claro de perdón.
Duerme, duerme, arru-rú,
has de volver para la tierra..."
Cierro los ojos sobre el mundo. ¡Cuánta luz!
oir la voz mecedora
es el viento bueno entre la hierba?)
Cierro los ojos para el sol.
¡Cuánta luz dentro de mí!

JORGE DE LIMA

MI "FLOS SANTORUM".

Santa Bárbara, que ahuyenta las tempestades;
San Bento, que cura mordedura de serpiente;
San Gonzalo, que se casó con D. Marica;
con Lulú, el boticario.
San Jorge, tan buenísimo que me hizo nau-
[cer en sus días,
que me cedió su nombre para que mi padre
[me bautizara,
que sólo no me dió su caballo
porque el animalito no puede bajar de la luna.
Salté sobre tanta Basija de Ingenio,
insulté tantas corrientes,
pasé tantos riachos profundos.
Mi Angel de la Guarda y usted nunca me
[dijo
su nombre para que yo pudiera hacer un
[poemita para usted.

FELIPPE DE OLIVEIRA

UBI TROIA FUIT.

Yo quería que tú perdieces la belleza y
[que quedases,
no la estatua mutilada que liberta y amplía
[el éxtasis,
pero si la figura de tu propio esplendor,
tu metempsicosis en criatura usual, integra-
[da en la turba.
Yo quería que tu belleza muriese
y que, como un mar de naufragio,
sobreviviese tu cuerpo desierto de tu gracia
[sin vestigio.
Los hombres perderían el recuerdo de su
[deseo,
y en el recuerdo de los hombres se apaga-
[ría tu irradiación,
y ante los ojos de los hombres se cerraría
[para siempre el surco que tus gestos can-
[denciosos abren en el aire,
y la inconstancia de los hombres, insensi-
[ble a tu desastre, olvidaría tu primavera.
Yo, sólo yo, quedaría contigo, sólo yo con
[la alegría de guardar intacta tu imagen.
Todo lo que, para mi percepción, nació de ti,
permanecería integral e inmutable;
la calle continuaría siendo el friso que po-
[blaste de imágenes armoniosas nacidas
[de cada paso de tu marcha;
la noche continuaría siendo el terciopelo ti-
[bio con que tu beso la prolongó hasta el
[origen de mi sueño,
y delante de mí, la felicidad, continuaría vi-
[gilante y eterna, en el fondo de tus ojos
[de antiguamente, ya apagados para los
[otros que los miraron.
Y yo sólo quedaría contigo,
y sería el señor fabuloso de un tesoro des-
[aparecido que la codicia no percibe.
Y sería la voz secreta, el alma imperecede-
[ra de una ciudad muerta;
sería el testimonio revelador de una leyenda
[olvidada.
Yo, sólo yo, quedaría contigo...
Y, de tanto traente en mí,
yo sería el molde ignorado de una escultura
[perdida
de cuya perfección los hombres se recuer-
[dan con nostalgia.

BARRETO FILHO

UPANISHAD.

Yo vine de muy lejos—oh desconocido—
del colorido país de las palmeras inquietas

de las mañanas calientes y de las horas cal-
[madas.
Yo mojé mi cuerpo en el agua de los ríos
[claros,
bajo el follaje lleno de sombra.
Aun traigo en mis labios
la dulzura de las mangabas violáceas
y de los umbús amarillos.
Yo descansé a la sombra de las quixabeiras,
y refresqué mis pies descalzos
en la hierba mojada de los campos.
Yo nací en una mañana luminosa,
nací dentro del sol.
Muchas veces deshice mis cabellos
en la enramada bárbara poblada de rep-
[tiles,
llena de murmullos de agua subterránea.
Yo tengo el mirar alargado
por la inmensidad de mis planicies,
tengo los oídos sutiles,
de oír el susurro del reptil irritado,
entre el follaje misterioso,
tengo la sensibilidad aguda
de temblar sobre un gancho frágil
que estalla sobre el despeñadero.
Yo vine de muy lejos—oh desconocido—
del colorido país de las palmeras inquietas,
donde los árboles verdes
cubren el suelo de frutos rubios, bajo la
[sombra,
al impulso de los brazos fuertes que se
[agitán.
Donde la flor anónima, en lo alto del tallo,
vuela delante de nuestros dedos.
Yo nací en una mañana luminosa,
nací dentro del sol.
Y es por eso—oh desconocido—que mis ver-
[sos
son bárbaros, inquietos, movedizos,
y que mis pensamientos
son vivos, rápidos y coloridos,
como las flechas nativas o como los pájaros
[del trópico.

TASSO DA SILVEIRA

EL CÁNTARO OLVIDADO.

Descansaste
sobre una pesada piedra del camino
tu cántaro fresco,
para atender al forastero que pasaba.
Para atenderlo
y para dejarte facinar.
Tus ojos vieron los llamados de distancias
en los ojos de él,
tus labios se humedecieron del deseo
de modelarse sobre los labios de él,
y tu alma se llenó de éxtasis y de silencio
para hacer en ella resonar el cántico del
[alma de él.
Sobre la piedra olvidaste
tu cántaro fresco...
Tu cántaro que, olvidado,
alguien, tal vez, un día herirá,
haciendo escurrirse, gota a gota, el agua
[divina
que ibas a buscar, cuando aun no te ha-
[bías perdido de ti misma,
en la alta fuente del sueño,
serenísima...

CIRCUITO IMPERIAL

(12.302 Kms. LITERATURA)

POR

E. Giménez Caballero

Acaba de ponerse a la venta esta obra,
en la cual recoge ERNESTO GIME-
NEZ CABALLERO sus impresiones
por tierras de Portugal, Italia, Holanda,
Alemania, Bélgica, Francia. Es éste un
libro donde aparece unido el interés del
paisaje al interés espiritual o artístico,
particularmente literario, de los distintos
países.

3,75 PESETAS

Cuadernos de la GACETA LITERARIA.
COMPAÑIA IBERO-AMERICANA
DE PUBLICACIONES (S. A.). Libre-
ría Fernando Fe, Puerta del Sol, 15.—
Librería Renacimiento, Preciados, 46 y
plaza del Callao, 1.—MADRID

15338.—53742.—13816. Llame a uno de
estos teléfonos. Recibirá el libro que de-
see sin recargo alguno.

LA GACETA LITERARIA

APARTADO 33
MADRID

Los de la periferia

Suspicias, anhelos y bravatas. Posición de las regiones con idioma.

Hacer vibrar el tema sin motivo podía ser tocar un tambor para ciertas intimidades, lo que heriría a los tímidos. Pero ahora con esas intimidades acaban de ocurrir sucesos públicos. Y hablar de esos sucesos es lo natural.

Todo proviene de que las regiones consideran acto viril *epatante* hacer circular su habla como una divisa monetaria. Aquí, en Galicia, nos dimos cuenta de que el idioma era una cosa casi inaprehensible, daba una angustiosa sensación de superfluidad, y ello se tuvo como color cadavérico en el semblante regional. Había que rehabilitar el gallego, hacer el sacrificio—y no sólo cumplir el gusto—de escribir en él. Este sacrificio lo realizó—de otro modo no sería sacrificio—la juventud gallega de valía, los que sabían que escribiendo en gallego adquirirían a lo mejor afición mítica—y tan precoz en ellos—, que los aislara en pelotón monástico.

Se empezó con entusiasmo, en la creencia de que, más o menos tarde, podría circular un periódico editado completamente en gallego. Luego ya se vino a dar participación en el proyecto a todas las formalidades. Así se reconoció que el idioma estaba dejado de la mano de la Filología, y hubo filólogos con afición a las raíces. Más tarde—casi ahora—, las realidades se tuvieron en cuenta ya exclusivamente. Las realidades eran esto: el que escribía en gallego escribía para un cortísimo número de gallegos, el cortísimo número que entendía bien el gallego erudito y cuidado que llegara a escribirse; era preciso, antes de ponerse a escribir en gallego, ver si se iba a escribir lo debidamente culto, literario, vago e intrascendente para corresponderse con el campo de lectores.

Aquí advinieron los sucesos: Johan Carballeira, uno de los más decididos y afortunados compositores del idioma, publica un artículo sobre la posición del gallego—examinada ya friamente, sin una lágrima—e invita a los jóvenes a estudiar los idiomas de ancha área intelectual o geográfica, y a no ocuparse de una pequeña habla, ni por el hecho de ser la propia.

Así que, después del gallego a jota o equis, esto del gallego a cara o cruz; nada menos que la cuestión funebre, ser o no ser, planteada, precisamente, en unos funerales. Y, después del Hamlet lírico, a quien se le ocurre—feliz ocurrencia ante la belleza—que aun puede despertar la pobre Ofelia y del Hamlet neurasténico—neurastenia arrogante, de príncipe—que piensa que acaso esté mal enterrar a la linda hermana de Laertes, hubo este Hamlet, de tercero y último acto, un poco duro, que ordena que entierren de una vez a la novia.

Lo que hay que proclamar es que esto no fué lo lamentable. Lo lamentable fué el revuelo de pies que se produjo y que la voz que quiso acallar fué secuestrada por unos gitanos en una Redacción.

Promovida la cuestión del idioma y proyectado el espíritu galaico al internacionalismo hubo de dejarse sentir el tumulto patriótico de los nacionalistas, de los peores enemigos de la región. Se llamó a Carballeira—¿y cómplices y encubridores?—"castellanos de imitación", se quiso hacer creer a los gallegos que la civilización española vinculada con el castellano fracasara política y prácticamente, y para acabar de sintetizar este grito provincianista se repudió a Madrid como meridiano; todo por hacer alardes de anticentralismo, de poco españolismo y llamar la atención de menos de cuatro con esa cinta—¡tan cursi!—al pelo. Fué un periódico—"El Pueblo Gallego"—el que daba cabida—en su fondo—al artículo de Carballeira y el que alababa después a quien lo rebatía tan torpemente, haciendo constar que en gallegos como aquél Galicia—¡qué Galicia, caballeros!—cifra sus esperanzas.

Lo que se cree, sobre todo, es que nuestro cosmopolitismo perjudica el ambiente regional. Por eso, como "castellanos", se nos llamó también "cosmopolitas", tratando de desacreditarnos con decir que el cosmo-

litismo era cosa octocentista y finisecular. Claro que hasta esto es gruesa equivocación, pues el sentimiento cosmopolita se manifestó en la nueva literatura, hasta el presente. Ahí están "Les cinq continents" de Goll, las emigraciones de poetas expresionistas alemanes en la gran guerra a Ginebra, en señal de protesta del choque de las nacionalidades. Y todavía recientes las discusiones sobre el tema definido últimamente en la revista "Europe", por Stefan Zweig, en un bello artículo, "Internacionalismo y cosmopolitismo". Según Zweig, cosmopolitismo no es otra cosa que la hospitalidad recíproca entre las naciones: hospitalidad de carácter mundano, turista, que no compromete a nada y desaparece automáticamente en la guerra. Internacionalismo es la adhesión al principio de la unidad de las naciones: adhesión libre de las vicisitudes políticas, y que no sólo sobrevive a la guerra, sino que, a veces, ésta viene a ser su prueba más decisiva y eficaz. Stefan Zweig invita, finalmente, "a pasar una esponja sobre los acontecimientos pasados" y—en una palabra—a internacionalizarse.

Existe, pues—¿no va a existir?—un sentimiento internacionalista, vigente en la literatura y en la política de los Estados, a la luz del cual fué proyectado el problema del idioma gallego, para escándalo de comadres y comadrejas. La cuestión es si por servir al internacionalismo hemos de prestar únicamente nuestra atención a los idiomas nacionales, o bien si debemos cultivar, además, los de las regiones...

Lo que choca también es que no admitamos jeremiadas ni yugos ficticios del ambiente, que descubramos la realidad, aunque ésta sea como pago generoso de nuestras deudas, que no podemos menos de reconocer.

Toda virilidad escandaliza en fin a esa mojigatería regional, peor que una mujer casta, que hace que los gallegos nos dividamos en buenos—como Lúgris Freire—y malos—como Valle-Inolán.

Por mi parte, no he de ocultar que hay, por cierto, dos clases de gallegos: el gallego que inventó la *morriña*, y demás tópicos infelices, y el gallego que inventó el internacionalismo: ese que florece fuera de Galicia y dentro y fuera de ella. Estos no rechazan el idioma gallego, pero lo tienen en tan poco necesario—y tan delicadamente—como algunas golondrinas el posarse.

L. SANTISO GIRON

REVISTA DE LA RAZA

Publicación mensual

SUSCRIPCION:

España: Año, 15 pesetas

Extranjero: Año, 25 pesetas

PUERTA DEL SOL, 15, MADRID

Obras completas de Unamuno

COMPAÑIA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES
MADRID

LA LIBRERIA BELTRAN

PRINCIPE, 16.—MADRID

envía a reembolso todos los libros

REVISTA DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA

Director: D. Ramón Menéndez Pidal

SE PUBLICA EN CUADERNOS TRIMESTRALES

España: 20 pesetas año. } Número suelto
Extranjero: 22 " } 5 pesetas.

Centro de Estudios Históricos

Almagro, 26.—MADRID

Gaceta Catalana

¡Civilizados, siempre!

Comedia en un acto de Carlos Soldevilla (Traducción de Juan Chabás)

como una reina... sin temores, sin engaños...
ROSINA. (Enteramente repuesta.) Ya pasó. No te preocupes más. No tiene remedio... ¿Qué hora debe ser en este momento en Barcelona?
EDUARDO. Aquí son aproximadamente las once de la mañana. Según los cálculos de tu marido, allá debe ser la una de la madrugada.
ROSINA. (Lentamente, como soñando.) ¡Estarán saliendo de los teatros! Dentro de pocos minutos las mesas del Ritz y de la Maison Dorée se llenarán de gente... Cuántas caras conocidas... Cuántas voces familiares... Aquella animación... si quieres, un poco tonta, un poco falsa... pero dulcísima, dulcísima... Entorno los ojos y me parece que vuelvo a estar allá, que no nos hemos movido de allá... Eduardo, ¡si este sueño pudiera ser realidad!
EDUARDO. (Con cómica gravedad.) No me conviene.
ROSINA. (Sorpresa.) ¿No, Eduardo?
EDUARDO. No. Tú te convertirías en una fortaleza inexpugnable; no hace cinco minutos me lo decías.
ROSINA. ¡Ay, Eduardo! Si ahora, de pronto, nos encontrásemos allí, estaría tan contenta, que no sabría negarte nada.
EDUARDO. ¡Loado sea Dios!
ROSINA. Te debo un agradecimiento tan grande... Me has querido así... hecha un adelfo... vestida con estos guñapos... ¿Te acuerdas del último vestido que estrené en la temporada del Liceo?
EDUARDO. (Vagamente.) Entonces nos tratábamos tan poco...
ROSINA. Era de "pailletes". Negro y claro de luna... Me sentaba muy bien... ¡Qué lástima! Lo llevaba en el equipaje, para lucirlo en San Francisco... Si hubiésemos podido pescar nuestro mundo en vez de las maletas de aquella familia inglesa!
EDUARDO. No te quejes. Su indumentaria de excursionistas nos ha resultado mucho más útil que nuestros vestidos de etiqueta. Ese salacof que lleva tu marido es un tesoro inapreciable. Le da carácter... Parece un personaje de Julio Verne, (Otra vez se oye un batir de alas.) (Huyendo otra vez, espantada.)
ROSINA. ¡Ahora sí que es él!
EDUARDO. (Consigno mismo.) Esto no puede continuar... Esa pobre mujer acabará por caer enferma... Y yo también... Llevo un peso demasiado grave sobre mi conciencia... Me ahogo... Eduardo: si aun conservas la chispa de sentido jurídico, es preciso que busques una fórmula hoy mismo. Sí. Sí... Debes intentar una conciliación heroica.

ESCENA III

Eduardo y Oriol

EDUARDO. (Cogiendo oficiosamente el zapato de las manos de Oriol y apoyándolo en la cabaña.) ¿Estás contento, Oriol?
ORIO. Más de lo que imaginas. Haber dado con este filón de cobre me entusiasma... ¿Sabes lo que representa? ¿Concibes las perspectivas que nos franquea?
EDUARDO. Es estupendo. (Fijándose en la barba de Oriol.) Pero, ven acá. ¿Qué es eso? Llevas la barba llena de brozas.
ORIO. (Haciendo por sacudirse la barba.) ¿De veras?
EDUARDO. (Sacando del bolsillo un cortaplumas con tijerilla.) ¡Espérate! (Le corta un mechón de la barba.) No me explico por qué no te afeitas; tenemos un par de navajas espléndidas.

ORIO. No tengo tiempo... Y, además, no sé.
EDUARDO. ¡Hombre!... Te afeitaré yo.
ORIO. Muchas gracias. (Le estrecha la mano.) Eres un excelente compañero.
EDUARDO. (Agachando la cabeza y desviando la vista.) No tanto, no tanto.
ORIO. ¿No?
EDUARDO. (Con brusca decisión, conmovido.) No, Oriol. Yo debería hablarte francamente.
ORIO. Habla.
EDUARDO. Es que te he de hacer una confesión muy grave.
ORIO. Me alarmas.
EDUARDO. Es que en realidad se trata de algo muy alarmante.
ORIO. ¿Quieres acabar de una vez!
EDUARDO. (Con dificultad, humildemente.) Me he enamorado locamente de tu mujer.
ORIO. (Llevando ambas manos a la cabeza, más con el ojo de quien ve planteado un problema que no es de su especialidad que con la ira de un marido calderoniano.) ¡Adiós! Ya la tenemos... Te has enamorado locamente de mi mujer...
EDUARDO. Era fatal, amigo mío... Es una de esas cosas que suceden porque han de suceder... Rosina es la única mujer de la isla... Es bonita... La veo mañana, tarde y noche... Hablamos, colaboramos...
ORIO. Sí, sí. Era fatal. Los hombres, al fin y al cabo, no somos más que una máquina, exacta como otra máquina cualquiera... Nos humilla, pero es así... Si hubiese tenido tiempo para pensar en estas bobberías, ya habría previsto el conflicto... ¡Estamos aviados!
EDUARDO. ¡Ah!, es un conflicto que no me tortura y que no me deja vivir! ¿Qué debo hacer? ¿Debo arrojarle de cabeza al mar?... Me horroriza la idea de que mi pasión pudiese convertirse en motivo de discordia y me repugna la de engañarte en esta isla desierta, perdida en el océano...
ORIO. El problema no es de mi especialidad... De todos modos te agradezco la franqueza con que lo has planteado... Hemos de encontrarle una solución, porque si no nos estorbaría. ¡Hay tantas cosas por hacer!... No podemos perder tiempo en escenas de familia...
EDUARDO. (Esperanzado.) ¿Eso es! Nosotros, queramos o no, somos los fundadores de una sociedad nueva. Tenemos no sólo el derecho, sino la obligación de crear un orden que asegure nuestra pacífica convivencia. Sería imbécil que por pobreza de espíritu nos pegáramos cuatro tiros en nombre de los prejuicios de una civilización que probablemente no volveremos a ver nunca más...
ORIO. (Vacilante.) Sí, sí... Todo eso es verdad... pero...
EDUARDO. ¡Oriol! Tú eres un hombre de entendimiento claro, de temperamento moderno... A otro tal vez no me atrevería a decirselo... A ti, sí, Oriol. Hazte cargo de la situación... y transige.
ORIO. Eduardo... Eduardo... ¡Esto es muy grave! Otro hombre haría ya diez minutos que te habría abierto la cabeza...
EDUARDO. Lo reconozco. Pero, por lo mismo, tú que tienes el privilegio de poder reflexionar sobre este punto, debes comprender que de tu decisión depende tal vez el porvenir de un pueblo... el nacimiento de una raza...
ORIO. ¡Oh!, la inteligencia comprende... pero aquí dentro (golpeándose el pecho), aquí dentro se sublevarán todas las tradiciones civiles y canónicas... Porque, no le des vueltas: tú, en resumidas cuentas, me propones un menage a trois...
EDUARDO. De ningún modo! ¡Estás en un error! Pues no hay poca diferencia! El menage a trois es una combinación vergonzosa, así siempre

implícita, hecha al margen del orden oficial... En cambio, lo que yo te propongo es una combinación clara, pública, solemne. Además, que tiene sus precedentes... La Poliandria fué una institución que funcionó, que dió sus frutos...

ORIO. No me vengas con historias... Lo que me propones es un sacrificio tremendo... Después de todo, yo quiero a mi mujer...

EDUARDO. ¿Y qué? ¿La podrás seguir queriendo! Oriol, yo te prometo formalmente que sabré portarme con discreción. Seré un marido modesto, subalterno, secundario... Ni lo notarás... Yo lo que deseo es tranquilizar mi conciencia y fundar nuestra vida sobre bases perfectamente sólidas y dignas.

ORIO. Mira, Eduardo. Yo sólo me siento capaz de hacer una cosa. Voy a llamar a mi mujer y que ella resuelva. (Encaminándose a la cabaña.) ¿No le has hablado de este asunto?

EDUARDO. (Con una leve vacilación.) No... no, no. Pero, en fin, sospecho que si llegásemos a un acuerdo le quitaríamos un gran peso de encima.

ORIO. ¡Rosina! ¡Rosina!

ESCENA IV

Oriol, Eduardo y Rosina.

ROSINA. (Sale de la cabaña, peinada, arreglada dentro de lo que permite su vestido, risueña.)

ORIO. ¿Qué quieres, Oriol? (Después de contemplarla unos segundos, con brusquedad.) Sin rodeos: Eduardo se ha enamorado de ti.

ROSINA. (Con gran aspasmo.) ¡Oh! ¿Es posible?... ¿Cómo se atreve...?

ORIO. Pretende que para ahorrar disimulos y violencias, y teniendo en cuenta la situación excepcional en que nos encontramos, nos pongamos de acuerdo... para crear... (Titubea, pierde el empuje con que empezó.) ¿Cómo te lo diría?... Eduardo, explicácelo tú.

EDUARDO. Rosina: la Humanidad no ha descansado siempre sobre las mismas bases. Cada época ha traído sus instituciones y ha profesado sus principios...

ROSINA. (Desorientada, inquieta.) Pero, amigo mío, ¿dónde quiere usted ir a parar con este exordio?

ORIO. (Fúnebremente.) Esta vez toda retórica es poca.

EDUARDO. Quiero darle a entender, Rosina, que una situación extraordinaria reclama un estatuto extraordinario. Somos dos hombres: Oriol y yo. Una sola mujer: usted. Yo la amo. Su marido—marido en aquella sociedad que no volveremos a ver—comprende, se hace cargo... (Oriol suspira dolorosamente.) (Eduardo le echa una mirada y sigue) ...Venciendo los atávicos impulsos de su corazón, se hace cargo de los deberes que nos impone a todos el papel de fundadores de una sociedad nueva...

ROSINA. (Cuyo asoramiento se ha convertido en indignación.) ¡Ah, esto es horrible! Yo no me hago cargo de nada... ¡Ni os entiendo! Pero, basta lo que adivino, para horrorizarme...! De modo que vosotros dos os habéis puesto de acuerdo para compartir mi existencia... como si yo fuese una criatura sin alma. ¡...un juguete!

EDUARDO. (Timidamente, ante la inesperada reacción de Rosina, con acento de súplica.) Rosina..., recuerde usted que... usted misma...

ROSINA. (Furiosa.) Porque recuerdo, precisamente porque recuerdo quénes somos y de dónde venimos, me horroriza la proposición que ustedes han tenido el cinismo de hacerme. (Sollozando.) ¡Qué brutalidad! ¡Qué vergüenza, Dios mío! Querida Rosina, yo no tuve la menor intención de ofenderte...

ORIO. (Que se halla entre los dos hombres.) ¿Qué ha sido entre

vosotros. (Reponiéndose; con tono autoritario.) ¡Ah, pero esto no puede ser y no será! Aunque hayamos tenido la desgracia de caer en esta isla sin nombre, no hemos de convertirnos en unos salvajes. Aquí como en todo lugar del mundo, nosotros somos unas personas decentes... Oriol. (Se acerca a su marido y le coge de ambas manos.) Mirame: tú no serás capaz de aceptar una situación ignominiosa. Piensa que soy tuya ante Dios y ante los hombres...

EDUARDO. (Mirando a derecha e izquierda.) ¿Los hombres? Pero, si aquí el único hombre—espectador, el único hombre—testigo soy yo!

ROSINA. (Sin abandonar las manos de Oriol, ladeando la cabeza para mirar a Eduardo.) ¿Y qué? Usted sólo representa a toda la humanidad.

ORIO. (Compungido.) Perdóname, perdóname... El cambio de clima, los apremios de la vida material... en fin, los sofismas de éste (por Eduardo) ...lo confieso, me he dejado embaucar.

ROSINA. ¡Parece increíble, Oriol!

ORIO. Perdóname.

ROSINA. (Haciéndole una caricia.) Te perdono. (Deshace el abrazo y se acerca a Eduardo.) ¿Y usted? (Le coge ambas manos y lo mira fijamente.) ¿Cómo ha podido imaginar una monstruosidad semejante? Usted que hasta hoy fué para mí un compañero discreto, respetuoso, lleno de delicadezas... Usted que era la imagen de la amistad perfecta... ¿Por qué ha querido cambiar?

EDUARDO. (Sordamente, a ella.) Es que me condenas a la desesperación y al suicidio.

ROSINA. ¡Uf, qué chiquillada! Ni se desesperará ni se suicidará, yo se lo garantizo. (Volviendo la cabeza para aludir también a Oriol.) ¡Qué exagerados son los hombres! ¡Qué fervor ponéis en trastornar las cosas! (Sonriendo otra vez.) ¡Revolucionarios!... Ven acá, Oriol... (Los tres se reúnen en el centro de la escena, Rosina pone una mano sobre los hombros de ellos.) Me juráis no volver nunca más a hablarme de este asunto? ¿Me juráis, ni recordarlo siquiera? ¿Te lo juro, Rosina!

ORIO. (Después de una vacilación, irguiéndose, como para sacudir un mal sueño.) ¿Qué le vamos a hacer? Yo también lo juro.

ROSINA. Así, así... Menos mal que recordáis pronto el juicio... ¿No hemos pasado un año viviendo con todo el decoro que es debido? Pues, igualmente sabremos pasar toda la vida. Y ahora, vámonos a comer... Es tarde. (Da el brazo a su marido y lo coloca de espaldas a Eduardo; en seguida abandona una mano a éste, que se apresura a besarla.) Oriol, tienes habichuelas, tu plato favorito; ¿ya no te acuerdas?

ORIO. Pues es verdad. Es una fecha memorable la de hoy.

ROSINA. (Sonriendo, vuelta a Eduardo y a punto de entrar en la cabaña con su marido.) Eduardo: no deje de comentarla en su dietario.

EDUARDO. Pierda usted cuidado... ¡He comprendido también su sentido! Hace un año nos salvamos nosotros tan sólo; hoy hemos salvado veinte siglos de civilización.

TELON

LA INFORMACION PERIODISTICA

Oficinas de recortes de periódicos de Madrid, provincias y extranjero.

MARCA REGISTRADA

Meléndez Valdés, 47 - Apartado 902 MADRID

ARTE

Actualidades, eternidades

Rouault, Bérard.—Si queréis, hoy significarán para nosotros Rouault y Bérard la Alfa y la Omega de la pintura contemporánea... Otro día, otros. La selección entre símbolos sea libre, y en ninguna de las figuraciones sucesivas la realidad quede agotada—ni siquiera agostada—; antes bien, dénos idea más fiel de su riqueza el empleo de emblemas ocasionales. Ya dice el químico Ostwald, escribiendo la vida del químico Liebig, que éste liberó en gran manera su espíritu y aprendió a encararse directamente con las cosas, gracias al hecho de haber, cuando estudiante, pasado de pronto de una escuela alemana a una escuela francesa, cada una de las cuales empleaba a la sazón una simbología química diferente.

Si, por el momento, preferimos echar mano, para representación de los dos extremos de la pintura contemporánea, de estas dos personalidades francesas, es porque el azar las ha reunido—ellas, el comentario acerca de las mismas y la reproducción de un grupo de las respectivas obras—en el primer número de la revista "Formes", de cuya sensacional aparición ya se ha hablado aquí. También se ha aludido a la sorpresa recibida al pasar de la contemplación de tales reproducciones al examen de las telas originales. Entonces se advierte—no sin escarmiento contra precipitados juicios—que Rouault, el dinámico, el embriagado, el dionisiaco furioso, supera el tipo de su inspiración romántica por la probidad de un tecnicismo artesano, al tratar pastas y materias, por la cual probidad se instaura el artista plenamente dentro de una especie de clasicismo formal. Recíprocamente, Christian Bérard, cuya orientación no puede ser menos romántica—como que, en el fondo, procede de los decoradores de vasos griegos—, trata, sin embargo, sus elementos figurativos con un balbuceo de misterio y emoción tales, que colores y contornos aparecen sumidos en una verdosa y espectral atmósfera de romanticismo. Recordando otro paralelo, sacado de la historia literaria—y cuyo estudio nos ha servido sobremedida, aplicado al de las relaciones entre clasicismo y romanticismo—, diré que ocurren en este caso como en el contraste entre Edgar Poe y Friedrich Nietzsche, el primero de los cuales se caracteriza por tratar una materia romántica, el misterio, con la más fría y racionalista y neoclásica lucidez; mientras que el segundo agita los conceptos helénicos y paganos, con grandes gestos de romanticismo, siempre embriagados y que, a la postre, resultaron locos. Pues bien, Rouault viene a ser, en la pintura contemporánea, una especie de Edgar Poe—con la inevitable reducción de escena y de jerarquía que supone su juventud—, apunta a nuestros ojos una personalidad en el estilo de Nietzsche.

La calidad artesana de Rouault tiene, por otra parte, una explicación muy sencilla de carácter biográfico. Rouault fué, en sus inicios, pintor vidriero. Tuvo así, por largo tiempo, que decorar pastas transparentes monocromas, con otras pastas coloreadas que, si no transparentes, debían ser, por lo menos, translúcidas. La influencia de este problema inicial y de su solución ha de sentirse más tarde, a través de la obra entera del artista. Este dejó un día de ser vidriero: nunca ha dejado, en realidad, de ser esmaltador. Al mismo tiempo es—condición de clasicismo—un intelectual; intelectual autodidacto, y, por esto mismo, más fanáticamente amoroso de inteligencia. "Yo he devorado bibliotecas—ha confesado una vez—con la avidez de un primario..." No sólo un intelectual, sino, concreta, casi profesionalmente, un escritor, un poeta. Como Bourdelle, Rouault ha expresado en verso sus efusiones y hasta sus meditaciones. Subrayo esto último porque hay todavía un elemento definitorio de posición en el hecho de que tales composiciones poéticas



Ch. Bérard. GIMNASTA (Colección Fukushima.)

tengan el más tranquilo y severo aire didáctico, como lo tiene el epigrama que sigue, titulado ya por su autor "Composition classique".

"Dans la pierre de notre pays,
Avant que la Joconde naquit,
A Reims, Notre-Dame a souri..."

Como lo tienen igualmente otras composiciones dedicadas a la gloria de Ingres. Porque—fijémonos—es Rouault quien nos habla de Ingres, no Bérard, a pesar del helenismo de este último. Bérard, al contrario, si no lo dice él mismo, deja decir a su comentador Waldemar George, que su concepción aporta un nuevo estado de inteligencia, una nueva actitud afectiva, una nueva posición psicológica al arte de la pintura: actitud antitradicionalista, pues, "robinsoniana" y, en definitiva, de aire romántico. Estos síntomas son reveladores. Hemos hablado acerca de Bérard, de una procedencia lejana. ¿Quién se atrevería a citar de él un antecesor inmediato? En cambio, sobre Rouault, la cosa es clara. Rouault, tan ardiente de modernidad, ha tenido un maestro, y de él no reniega. Ha sido discípulo de Gustave Moureaux, aquel de cuya "Salomé" y de cuya "Euridice" nos burlábamos tanto, al visitar—mejor dicho, al no visitar—el Museo del Luxemburgo.

Supervielle, Falké.—Pululan en los grandes centros espirituales del mundo las sociedades de bibliófilos artistas. Se ha llegado en esta materia casi al abuso. Pero los españoles no tenemos más que una. Una digo, porque a la otra, a la que se llama, sin más, "Sociedad de bibliófilos españoles", hay que dejarla en su campo propio de historicismo y erudición, sin sacarla a danzar limpiamente entre las aventuras y las novedades del pensamiento de la psicología, el mito narrativo

de "L'Enfant de la Mer", inicial en la colección de ahora. Este mito sirve de base a la ilustración del volumen, grabada en madera por el vigoroso dibujante Pierre Falké. Los negros de la glífica de Falké, tan invitadores al ensueño, se abren esta vez sobre la tinta verde-azul de un fondo, donde parecen condensadas todas las tristezas y todas las soledades marinas. Marítima es también la inspiración que ha presidido a toda la decoración del nuevo volumen. Desde las itálicas de la tipografía, cuyos amplios trazos tan insinuadamente reproducen el movimiento regular de las olas, hasta la eucliciana ornamentación cebrada en la cubierta y la de las cabeceiras y los finales de capítulo, donde, con meros elementos tipográficos, se ha realizado el "tour-de-force" de crear una atmósfera poética, de horizonte y lejanía, como difícilmente hubieran podido darle los trazos libres del diseñador o pintor más lírico y pánico.

Hasta el estuche de este nuevo presente de A. L. A. evoca el mar. Y tiene el color de un mar de invierno, cuando la aurora de un día encalmado, sin viento y sin nubes.

Delacroix, Matisse.—"Ont finit toujours pour le fini", se acaba siempre por lo acabado, diz que confesaba Delacroix, como gran lección de su experiencia; Delacroix, magnífico ejemplo, no obstante, de fuga romántico ardor.

Y Matisse, el fiero, en paradoja justísima, que completa y sitúa la anterior confesión: "Pour qu'un tableau soit bon, il faut qu'il soit mauvais partout"; preconizando con estas palabras la necesidad de una armonía, y por consiguiente, de un equilibrio... De "una reflexión", en suma, que aun desesperando de poder aplicarse a la perfección de los detalles, quiere, al menos, que esta perfección se encuentre en la adopción de un nivel común de imperfección en el conjunto.

EUGENIO D'ORS

Editorial América

Publicación reciente

JUANA DE IBARBOUROU

SUS MEJORES POEMAS

Precio: 13,50 pesetas.



Grabado en madera de la obra "Trois Mythes" de Jules Supervielle, por Pierre Falké.

La arquitectura en la Exposición de Barcelona

No tiene precio ni medida una obra de arte; no tendríamos ninguna seguridad de crear una obra de valor estético, aun destinando a ello una suma enorme: 200 millones, pongamos por caso.

Esta es la cantidad que se ha invertido para llevar a término la Exposición Internacional de Barcelona; entre toda la inmensa cantidad de obra fabricada, una ha nacido que posee las raras cualidades de las obras definitivas. Monumento destinado a perdurar, no solamente porque no se trata de una construcción perentoria, como la mayoría de los edificios de Exposición, sino por su intrínseco valor estético. Es la fuente monumental de la Plaza de España, obra del arquitecto José María Jujol.

La Plaza de España es el atrio de la Exposición; de esta plaza parte la gran avenida, que se remonta, con sus anchas escalinatas y con los más portentosos juegos de aguas en cascadas y surtidores, hasta la grandiosa mole del Palacio Nacional.

A la Plaza de España concurren, además, grandes vías ciudadanas; para la fuente monumental que se levanta en su centro, ha adoptado su autor la base triangular, de manera que presente sus tres caras con los grupos escultóricos de sus hornacinas, o las columnas de sus aristas y las estatuas que ante ellas se yerguen, a cada una de las avenidas que se cruzan en esta grandiosa plaza.

Los elementos arquitectónicos de la fuente son del más puro estilo romano, pero se combinan con original concepción, formando un conjunto de imponente riqueza, que vibra por la idea y el espíritu de un artista creador y sensible. Este se manifiesta igualmente en los detalles de la inmensa planta circular, de 40 metros de diámetro, con sus mosaicos de náyades y caballos marinos, con sus jarrones y bordadas conchas, donde cae el agua de 48 pequeñas cascadas que se cruzan con otros tantos surtidores; y en los fanales que parecen alzarse en vuelo, junto al tintero que flamea, de no-



Georges Rottault.—Busto de mujer.

che, en la cima del monumento, a 30 metros de altura.

Hablemos ahora, en una reseña ligera, de los edificios que se levantan en el recinto de la Exposición.

Los dividiremos en dos grupos: los pabellones nacionales y los palacios de instalaciones generales.

Los primeros responden al estilo característico del país. Así, los de Rumania, Noruega y Suecia están contruidos en madera, como las típicas viviendas de aquellos pueblos; el de Bélgica reproduce la conocida arquitectura de una de las casas de la gran plaza de Bruselas; el de Italia quiere, con aplicaciones de fantasía, dar vida nueva a las formas clásicas, y en cierto modo lo consigue; Alemania se presenta en una construcción de ricos materiales y de las más simples líneas.

La arquitectura de los palacios del otro grupo sigue, en general, el estilo romano, pero no demuestra una gran fuerza.

El Palacio Nacional, por su gran masa y su situación dominante, es el que más se hace ver.

Su grandiosa cúpula recuerda la de San Pedro de Roma; su inmenso salón de fiestas tiene 80 metros en su eje mayor, y su cubierta de cristal y hierro es interesante técnicamente. Su edificación ha costado diez millones de pesetas.

El Palacio de Agricultura, obra de los arquitectos Ribas y Mayol (este último acaba de morir en plena juventud), es una de las mejores obras

de esta Exposición. Es de estilo italiano y construido en *terra-cotta*. Es original por la distribución de su planta; es de visión agradable, y sólida y cuidadosamente acabado.

Hay que citar, por el gusto discreto con que han sido proyectados, los pabellones de "Las Diputaciones", el de la ciudad de Barcelona; y por su grandiosidad, el Estadio, de estilo romano también, capaz para sesenta mil personas.

Acaso el carácter especial de una Exposición se hubiera prestado a la presentación de novedades, atrevimientos y pruebas, en los proyectos de construcciones que no han de durar más que lo que dure el certamen; pero no ha sido así, y los arquitectos catalanes han preferido seguir las antiguas huellas del arte clásico a comprometerse por las nuevas vías de la arquitectura moderna, de base más utilitaria e ingenieril que puramente artística. Y habrá sido un íntimo sentido estético el que, de manera inconsciente, les ha apartado de un estilo que no puede crear las formas de la arquitectura pura, las formas que dan la monumentalidad a las construcciones, y que no tienen su origen en la utilidad, sino en la proporción y el equilibrio de unas líneas y superficies imaginadas, creación absoluta de la mente y la sensibilidad del hombre y lejos de la copia o imitación de los cuerpos naturales.

ESTAMPAS ESPAÑOLAS

B E N E T

La personalidad de Benet es sobradamente conocida para que insistamos ahora en enumerar sus méritos, su calidad y su fuerza. Artista, sobre todo, del dibujo. Benet ha acometido ahora la empresa—que Mundo Latino ha recogido con júbilo—de recorrer España para extraer de ella, en grabados, sus más pintorescos rincones, sus pueblos de más significación artística, sus paisajes más atractivos, sus monumentos. El arte de Benet no hace alto en aquellos lugares más conocidos, a todos familiares, de la Península, sino que sigue y seguirá en una suerte de descubrimiento estético buscando aquellos rincones cuya belleza no ha sido divulgada todavía.

Los grabados de Benet, perfectamente reproducidos, ofrecen tres encantos positivos, puros. Primeramente: la fuerza evocadora del lugar reflejado se nos impone de modo esencial, enérgicamente, con su atractivo y su belleza genuinamente hispanos. Después: el arte insuperable, espléndido de Benet, gana nuestra atención con su admirable exactitud, con la pureza de sus líneas, con sus contrastes insospechados de luz y sombras, con sus perspectivas originales, personales, que arrancan al tema reproducido su mayor eficacia estética. Por último: el grabado, como tal grabado, su técnica firme, sus característicos recursos, obtienen en estas obras de Benet extraordinaria intensidad, inusitada energía, máximo vigor.

Una colección de grabados de esta suerte es un regalo para los ojos y una fuerte constante, artística, de evocaciones deliciosas. No son grabados fríos, reproducidos con antiestético sello industrial, sino obras que conservan siempre—merced a su cuidada, pulquérrima reproducción—la intimidad y el sabor inestimable de los originales auténticos.

Mundo Latino ha puesto amoroso cuidado en estas espléndidas "Estampas Españolas" de Benet. Sabiendo que una obra de arte de este orden se volatiliza si no se la reproduce exactamente, Mundo Latino no ha escatimado esfuerzo alguno que contribuyese a la mejor reproducción y representación de los grabados del artista. Así aparecen de impecables estas obras, con la sobriedad, con la ponderación fina, elegante, que merecen y exigen sus cualidades artísticas.

"Estampas Españolas" aparecen en cuadernos. Cada uno de éstos contiene diez estampas sin encuadernar, sueltas, fáciles, por tanto, para sacar de aquél las preferidas y fijarlas, si se desea, en un marco. Las diez estampas—o más propiamente, grabados—no tienen orden geográfico alguno. Es decir, no se refieren a una sola población o una sola región. En su ambición integral—pero también para dar más variedad a estos cuadernos—, Benet ha preferido mezclar los lugares pintorescos de los extremos españoles. Así ha roto la monotonía que pudiera acarrear una sistematización geográfica. Hay en cada cuaderno, por ejemplo, estampas de Granada, de Valencia, de Salamanca, de Toledo; estampas de rincones gallegos; estampas de Vasconia; estampas de Cataluña, etc.



Segovia, grabado de Benet.



Jules Supervielle.

Ayuntamiento de Madrid

J. PAHISSA

RESURREXIT

Un remanso, un instante de calma por entre el oleaje de su existencia. Esto lo había deseado muchas veces. Y esto lo había conseguido. Se dedicaría a ir poniendo en orden sus recuerdos. Y entre ellos alguno habría interesante. Muchos años había pasado, no como un sonámbulo, más bien como un ciego a quien de nuevo se le ha concedido el regalo de la luz. Volvía a ver muchas cosas que para él habían estado prohibidas. En todo caso el Phoenix había resucitado de sus cenizas. Muchas veces había creído esto imposible. Eran los momentos de su mayor dolor. Que todo lo pasado no encontrara expresión, causaba en él la desesperanza. En su largo peregrinar había conocido tipos y había asistido a sucesos, que eran dignos de ser sacados a una zona luminosa. El lo podría hacer. Estaba ya sembrado. Las heridas que le habían abierto estaban casi cerradas. Muchas cosas habían sido perdonadas. Olvidadas no. El olvido era imposible. El personalmente podía perdonar. Pero hay una conciencia indeleble y eterna—que todo lo ve—y cerca de la cual él no podía nada.

Así, pues, en estos momentos de ocio, iría escribiendo su vida pasada, que sería como la pauta en que escribirían sus notas geniales, generaciones más nuevas. Desengañado de toda teoría, y apartado de todos—aunque nunca había tratado más gentes que ahora—, por una glacial cortesía que le permanecía apartado de casi todos. Y, a través de la cual, no sabían acercarse sino los verdaderamente elegidos, caminaba por la vida. Este apartamento le permitía ocuparse de sus cosas. Sus cosas eran—por lo menos para él—las cosas más importantes ahora. Somos un egocentro, aunque no lo queramos. Y este vaciarnos en todo lo demás es algo absurdo. Antonio Machado ha dicho: —Mancebo—llena tu vaso—que ya te lo beberán—. Es propio de la juventud ocuparse de cosas que no le conciernen. Y yo he llevado esto hasta el exceso. Trabajaría con método. Siempre lo había hecho de manera un poco desordenada. Pensaría las cosas. La actividad un poco improvisada a que había estado condenado había llegado a molestarle. Siempre había tenido un anhelo de realizar una función *sub specie aeternitatis*—y no se le había logrado hasta ahora—. El afán de cada día acababa con el día mismo. No sentía envidia ni siquiera estímulo. Todas las cosas que había hecho las había hecho siempre para él mismo. Había variado cosas a las que nunca las había tenido el temor más pequeño. El apartamento, el olvido de los demás. Nunca le había preocupado el juicio que de él hicieran. El era de otra especie. Y, como la luna, podía contemplar la tierra desde una cima. Muchos habrían creído que era un hombre co-barde, que aguantaba injurias. No aguantaba nada. Para él aquello no era nada. Eran ladridos. Los perros también ladran a la luna. Lo probable, sin embargo, es que ella no se entere. En fin, por el glacial pulimento de su alma habían pasado muchas cosas. Cosas que se habían reflejado un momento. De entre ellas, alguna había dejado una efígie más perdurable. La entresacaría ahora. Y, con cierto sosiego, iría limpiando la de la pátina del tiempo ido. Alguno tomaría esta imagen para algún propósito utilitario. Para anunciar algún producto farmacéutico—o para ponerlo en una caja de cerillas.

Sus recuerdos muchas veces saltaban al ritmo de una caja de Italia. Nunca había estado en Italia. Todo lo que él podía saber por propia experiencia—por experiencia subjetiva se dice ahora—se refería a los sombreros Borsalino o a los macarrones. Italia no había fulgurado para él con fulgores trágicos nada más que en "Il Fuoco" de Gabriele D'Annunzio. La cuerda de algún violín le había arrancado alguna vez una lágrima. Pero los que lo tocaban no eran generalmente italianos. Solamente a través de alguna que otra novela de Baroja había visto Italia. Pero, a través de las novelas de este vasco italianizado, Italia sonaba al ritmo de una vieja caja de música, de un aristón. Los vinos italianos no le habían embriagado. Y tenía mal oído para aprenderse los versos de Gabriele D'Annunzio. En cuanto al Dante, lo creía un gran poeta, lo estimaba como tal, pero lo mantenía cerrado. Solamente Leopardi le daba bien con

la nostalgia de aquella caja de música. Pero el pobre Leopardi tenía poco de héroe, y nada, probablemente, de fascista.

De Italia conocía los traidores, y no por haberlos visto en el teatro. Los conocía por haberlos visto en la vida. Aquellos traidores de melodrama eran divertidos. Había conocido varios sujetos de allí. Entre ellos, el más gracioso se llamaba Puccini. Puccini no tocaba el violín. Los suyos habían venido probablemente como vendedores de "santi, boni, boniti, barati". Pero, en fin, como había venido de la tierra en que estuvo asentado el imperio romano, tenía alma de dictador. No un dictador franco, claro está, sino un dictador como los tiempos lo quieren—solapado, jesuitico—. Era un tipo gordezuelo, glabro, de mirada resbaladiza. Un tipo para incluirlo en una novela de Stendhal. La Iglesia se ha dispersado, y no produce dinero para todos. Al revés de los siglos clásicos, en que había eclesiásticos que nada tenían de tales, hoy hay empleados en oficinas y otros menesteres mundanos, muchos que tienen alma eclesiástica. Pobrecitos lanzados a las duras tareas de la vida, y que añoran la vida recoleta de una orden religiosa. Mejor de las que han hecho voto de pobreza. La mejor riqueza es ser pobre!

De tal palo tal astilla. No había sido abundante ni su juventud ni su infancia. No podían llegar los detalles de ello a la tragedia—y quedaba en lo ridículo—. Era hero campeon—no se ha visto Amadis semejante—en todo lo que se refería a la moral del prójimo. Su aspecto era de beata compungida. Una fiera arma tenía—italiana—más fina que puñal florentino: la difamación. "Calumnia que algo queda." Esto solía decir. Con este bagaje triunfaba en la vida. Hablaba y hablaba—como una fuente echa agua—. Charlatán más abundante y más sin seso yo no lo he visto. No podía tolerar todo decía la última palabra. Tenía a veces remilgos de monja, concupiscencias eclesiásticas. Decía venir de una noble casa alemana. A poco que se apretara, hablaba de algún Rigoberto, Windulfo, o cosa semejante. O venía a parar a Carlomagno. Decía, también, venir de familia de artistas. En un viaje que hizo a Roma—gratis, por supuesto—a costa de la propagación de la fe, aunque él no creía en nada, vio en el Vaticano no se sabe cuántos cuadros firmados por Puccini. Este nombre es, naturalmente, frecuente en Italia. Mis conocimientos pictóricos no son grandes. Pero no he oído tal nombre, como gran pintor. Es posible que haya algún violinista. Y desde luego aseguro que todos los "santi, boni, boniti, barati" así se llaman. O bien, de modo semejante. Su cara redonda tenía paridad con una hostia. Cuando vino a Madrid tenía ideas extremas—casi incendiarias—. Negaba el Estado. Afirmaba "La Conquista del Pan". Y decía haber leído "El Capital", de Marx. Todo esto le sirvió para conquistar un puesto en la Administración pública. Como él tenía aquella fiera arma florentina de la difamación, por allí construyeron otras, inferiores sin duda. Estas debían ser de acero toledano. Estos trataban de herirle diciendo que a la Administración no le había llevado ni su marxismo ni su anarquismo. Le había llevado una prima bastante guapa—aunque ya entrada en años—. Yo no niego: Sus conocimientos eran grandes—sobre todo oyéndoselos ponderar a él—. Pero la suerte es caprichosa. Y suele ir acompañada de mujeres guapas.

Algo había de desagradable en él. Su poca estatura. Para que le vieran necesitaba levantar por modo excesivo la cabeza. Con un poco más de medida habría hecho figura importante. Para él todo tenía defensa. Nunca hubiera habido un abogado mejor. Tenía un gran conocimiento del mundo. Y sobre todo sobrenatural en saber la situación del bolsillo del que a él se acercaba. En esto los italianos no tienen nada que aprender de los anglosajones. A pesar de que habían pasado dos o tres generaciones hasta él en España, aun no conocía bien el idioma. Pero como quería dárseles de pulido decía cosas en verdad graciosas. Siempre estaba poniendo ejemplos. Vervegratía: "una naranja cualesquiera". Y diciendo: "Et coetera." No había dicho nada y seguía: "Et coetera." Eran palabras que él creía le daban importancia y sonoridad al idioma. Como todos los que no saben escribir, tenía la ma-

nía de escribir mucho. La abundancia no daña—acostumbran a decir—; pero yo sospecho que la abundancia de lo malo no hace bien.

Nunca se supo lo que pensaba de nada. Tenía el aspecto de un confesor. Y de escuchar las confesiones de viejas escuálidas y sarmentosas se le había quedado algo de averiado para siempre. Algo se había roto en él, que no volvería a estar igual ya nunca. Sonaba a falso. Su risa era lo menos franco que se haya oído. Nunca pronunciaba una palabra disonante porque en él todas sonaban a falsedad. Su aspecto era el de las babosas. Como no tenía fuerza para subir de un salto, tenía que subir deslizándose. Su tacañería era proverbial. Todo era granjería para él. Se había hecho rico a fuerza de pobreza. En su corazón no había el menor rincón para el impulso o para la generosidad. Su paso por este mundo—se podía estar seguro de ello—no sería llorado por nadie, al desaparecer. No había hecho el menor bien. En naturaleza tan sórdida sólo había dolor para la falta de un hijo. He notado que todos los espíritus sórdidos aspiran a verse prolongados en un vástago. El espíritu immanente de las cosas—obrando casi siempre con justicia—se lo concede con parvedad.

Este tal hubo sido como mi sombra negra. Semejante fué al árbol del manzanillo. Nada de lo que estuvo cerca de él pudo prosperar. Espíritu sombrío, llevó a todo la lobreguez. Siempre lo recordaré con pesadumbre. Dicen: *antrum adjuvat vatem*. No es verdad. Los antros los matan. Sólo la alegría es fecunda. Y los espíritus sórdidos envenenan todo lo que cerca de ellos está. Haré por olvidar hasta su recuerdo. Iré por los caminos más despejados. Correré las rutas más primaverales. Bien lo necesito. Seré entonces como un aparecido. Y la nueva corriente de mi simpatía sanará a muchos. Estos consejos me daba yo a mí mismo. La amargura pesaba tanto en mí, que no pensaba nada más que en motivos de alegría. La tristeza había llegado a ser una segunda naturaleza en mí. Había llegado a tener como un placer del dolor. Juzgaba en cierto modo que todo lo malo que me viniera lo había merecido. No por mí mismo. Yo pagaba las culpas de no se sabe qué ancestrales desconocidos. No me rebelaba. La injusticia pesa tanto, que llega un momento en que inmoviliza. Me había acostumbrado a ello. Y lo miraba ya como mi sino. Puesto que nada se podía contra ello, había que contentarse. Era inútil la protesta. Además, quién sabe si habría algún motivo superior. Dios, en sus designios superiores, me habría dedicado para altas empresas, a juzgar por el cuidado con que probaba mi temple. Seguí, pues, la ruta que se me trazaba. No desmayé. Temor sí tuve, a veces. Temor a no poder hablar. Ya dije antes que no me duele no ser escuchado o no ser comprendido. Mi temor era, sencillamente, temor a no poder hablar. A no dejar en letras impresas todo un mundo que yo había sentido en mis horas de soledad y de silencio. Algo de esto debe sentir el naufrago que se va, sin poder despedirse. Todas mis horas de amargura las daba por un momento de expansión. Esto era lo que con más cuidado se me impedía—y esto era lo único que yo anhelaba—, anhelo desesperado, por lo visto. Así que seguí mi camino. La mayor fuerza es la conformidad. Ya llegaría mi hora. Todo el mundo tiene un momento en la vida. No es preciso ser Dios, emperador, rey; cualquier miserable tiene una hora de gozo. Esto era como un rayo de luz—poca cosa en verdad—. Pero muchas veces es la vida misma. Así como el acero se forja a temperaturas extremas, los temperamentos de excepción necesitan conocer las zonas más apartadas de la vida. Todo esto ha dejado en mí algo profundo—tan profundo es, que tiene la limpidez de un cristal—. Y ha apartado muchas zonas de sensibilidad. A los que me han hecho daño, yo no los miro nada más que como a sujetos inconscientes, a antes sin razón. Han obrado de modo inexorable, como obran las cosas de la Naturaleza. El hombre pone orden, la sensibiliza. Estos otros tienen lo inexorable de una piedra o de un huracán.

JAIME IBARRA

(Continuará)

EL HISPANISMO EN HOLANDA

Nuevos vínculos entre España y Holanda

En el curso del mes de noviembre se ha constituido en Utrecht una Asociación "España-América Española", la cual, así como su poderosa hermana mayor, la Asociación de Amsterdam que lleva el mismo nombre, persigue el noble y generoso objeto de estrechar los lazos que unen a Holanda con España y los países de habla española.

La presidencia de dicha Asociación se ha confiado al señor profesor doctor J. H. W. Verzyl, catedrático de la Universidad de Utrecht, quien conoce a España lo mismo que a la América española. Antes de intervenir en asuntos de arbitraje internacional entre Francia y Méjico, el Sr. Verzyl se matriculó en la Residencia de Estudiantes, donde estudió el español bajo la excelente dirección de D. Américo Castro y sus compañeros del Centro de Estudios Históricos.

Desempeña la función de secretario el señor doctor H. G. V. Hymans, sobresaliente del vicecónsul de España.

El viernes pasado se celebró en Utrecht la primera velada española con gran concurso de gente, y eso que la Junta directiva se obstina en que todas las conferencias se den en lengua española. El presidente introdujo al primer conferenciante, el profesor doctor K. Sneyders de Vogel, catedrático de Filología románica en la Universidad de Groninga, con unas breves palabras en un castellano puro e impecable.

El Sr. Sneyders de Vogel describió luego "La excursión de un filólogo por España", hablando de nuestro país y de los españoles con un entusiasmo, un cariño y una simpatía verdaderamente conmovedores.

Terminada la conferencia, el señor profesor doctor C. F. Adolfo van Dam, catedrático de Filología española en la Universidad de Utrecht, dió las gracias al conferenciante, formulando votos de prosperidad por la joven Asociación.

Es de desear que el público español ayude moralmente el naciente hispanismo en Holanda, y que crezca pronto el número de los conferenciantes de habla española que se dignen ir a los lejanos Países Bajos a ofrecer a nuestros amigos holandeses el gusto de codearse con españoles de pura cepa. Esta es la manera más simpática de conocernos mutuamente. Y a no dudarlo, así se estrechan de la manera más eficaz los lazos que unen a los dos países: España y Holanda.

"EL EMPERADOR JONES"

Y

"ANTES DEL DESAYUNO"

POR EUGENIO O'NEILL

DOS ESPLÉNDIDAS OBRAS TEATRALES DEL GRAN ESCRITOR YANQUI, TRADUCIDAS Y PROLOGADAS

POR RICARDO BAEZA

3,50 pesetas.

MUNDO LATINO
COMPANIA IBERO-AMERICANA
DE PUBLICACIONES (S. A.)

LIBRERIA ESPAÑOLA EN PARIS
LEON SANCHEZ CUESTA

Servicio esmerado, rápido y económico de libros a todos los países.

PARIS (V.º)
10, Rue Gay-Lussac

MADRID
Calle Mayor, 4

Noticias de cooperación internacional

AMERICA

El "Instituto Panamericano de Geografía e Historia", creado por una resolución del sexto Congreso panamericano, e instalado en Tacubaya—junto a Méjico ciudad—acaba de celebrar su primera asamblea general. D. Salvador Massip, profesor de la Universidad de Cuba, ha sido elegido presidente del Comité ejecutivo. D. Pedro C. Sánchez, director de la Sección de Climatología y Geografía en el Ministerio de Agricultura de Méjico, ha sido nombrado presidente. El Instituto estudiará todas las épocas, desde la prehistoria a la actual. Tendrá anejos, museo y biblioteca. Fronteras en litigio y a dar datos meteorológicos precisos para el servicio de las líneas aéreas. Se procurará con especial interés la cooperación de España y Portugal en las tareas científicas del nuevo Instituto.

En la reorganización de la Facultad de Derecho en la Universidad de La Habana se prevé la creación de una Escuela de Periodismo.

Se ha creado en California una "Inter-American Foundation" con el objeto de desarrollar la cooperación intelectual entre Méjico y California. Se comenzará por organizar un frecuente intercambio universitario entre la Universidad de Méjico y el Pomona College.

EUROPA

El 10 se clausuró en La Haya la Exposición para la Sociedad de Naciones y la Paz, inaugurada el 21 de diciembre, con motivo del décimo aniversario de la Asociación pacifista holandesa "Vredes En Volkenbonden oostelling".

Se ha concedido el premio Nobel de Literatura al novelista alemán Thomas Mann. El de Física, al químico francés Louis Victor de Broglie. Y el de Medicina se ha distribuido entre Sir Frederick Gowland Hopkins—inglés—y el Dr. Eigkman de Utrecht.

Han comenzado los trabajos preparatorios para varios Congresos internacionales. Uno para la música de órgano, en Budapest, el verano de 1930. Otro—de enorme interés literario—convocado por la "Unión internacional de editores", en París, primavera de 1931, bajo la presidencia de M. Ove Tryde, delegado danés. Tomarán parte las delegaciones de Alemania, Dinamarca, España, Francia, Inglaterra, Italia, Holanda, Polonia, Suecia, Suiza, Bélgica, Hungría y Noruega. En abril de 1930 se celebrará en Monza—Italia—la cuarta Exposición internacional de artes decorativas e industriales modernas. Y en enero del 1931, la Exposición de pintura alemana y francesa, en Düsseldorf.

AFRICA

Se ha fundado la primera Universidad para los negros en Kampela—cerca del Lago Victoria—, dentro del Uganda. Hay 300 estudiantes inscritos. Los profesores son ingleses.



Marisa Roesset, marinero vasco.

La vejez de Bradomín

(RETAZOS DE UN POEMA)

(El marqués de Bradomín, ya muy viejo, sueña en un crepúsculo de invierno, en el pazo familiar, con las cuatro amantes que personificaron las cuatro estaciones de su vida. Las cuatro aparecen y le hablan, mientras el sol poniente enciende los oros tibios de las tapicerías y la brisa arremolina las hojas secas en el jardín...)

La locura.

(Sobre un fondo de Borromino, en un jardín amanerado, María Rosario da al camino su prestigio tornasolado. Es ardiente, morena y pálida. —¡Ojos negros, labios de rosa; la promesa de la crisálida y el ritmo de la mariposa!—)

María Rosario:

¡Desde ese mundo deformado en que tu pasión me sumió, tornó un instante, mi adorado Marqués, a este otro encantado por tu aliento, que me perdió! ¡Nos ha separado la vida como un gran río turbulento. Nada se pierde ni se olvida! ¡Ni está abierta siempre una herida, ni perduran la brisa y el viento! ¡Yo dormí mi sueño inconsciente y he aquí que vuelvo a tu lado! ¿Qué hiciste, di, de aquel ardiente corazón, joven e impaciente? ¿Qué de tu labio apasionado? ¡Tu mirada fué mi bautismo... que el alma blanca me abrasó! ¡Bajo mis pies se abrió un abismo! ¡Te hubiese preferido a Dios mismo, pero Dios no lo consintió!

La fatalidad

(La Niña Chole, sacerdotisa del perfume, del tedio y la brisa, vestido el albo hipil y el fustán surge, sobre un fondo deslumbrante, al sol, la garganta alucinante, entre los escombros de Tuxlán.)

La Niña Chole:

¡Bradomín, llegó el invierno frío; aun te recuerdas, di, del estío, que hizo ardiente nuestra emoción? ¿Escuchas aún la galopada de nuestros potros, por la llanada, y el latido de mi corazón? ¿Se te olvidó el aroma devoto, de aquel claustro tranquilo y remoto en medio de la estepa sin fin? ¿No ves en la niebla del ensueño, la celda que te hizo mi dueño, con su ventana sobre el jardín? ¿Conservas el sabor de mi boca, a través de tu vida tan loca, que derrochaste sin vacilar?

¿O se mezcló con otros sabores y fué una flor más entre las flores, a la que no puedes recordar?...)

La pasión

(¡El cuello de cisne, rendido, suelta la larga cabellera, bajo el párpado consumido, cavado el surco de la ojera. El labio exangüe; la mirada, llena de una fiebre sensual: así llega Concha, encantada, y en la tortuga aprisionada, de la evocación otoñal!)

Concha:

¿Qué meditas, Xavier, a esta hora tan saudosa y tan melancólica, en la paz recogida y bucólica, que el doliente crepúsculo dora? ¡Yo bien sé lo que fui en tu vida: un gran soplo caliente y fantástico, un dogal apretado y elástico, la pasión; lo que nunca se olvida! La pasión del otoño; la hora del otoño sonoro y romántico, el suspiro, el abrazo y el cántico, y el deseo, que todo lo dora...

La piedad

(¡María Antonieta, es el invierno! ¡Se completa el arco florido!... ¡El amor se ha hecho fuego eterno, en el corazón aterido! Aun conserva la amable gracia de la perdida mocedad. En su doliente aristocracia la sensación, que no se sacia, está aromada de piedad. ¡María Antonieta! El tiempo viejo, aun pretende reverdecer! ¡Es el calor del vino añejo, el beso sabio y el consejo y el oro del atardecer!)

María Antonieta:

Esta es nuestra cita postrera. ¡La postrer cita, Bradomín! Cuando torne la primavera verá desierto tu jardín... Habrá volado tu alma esquiva a la esperanza del azul. De la mundana gloria altiva no quedará nada que viva sino un perfume envuelto en tul... Vendrá la noche interminable, y bajo el ciprés funerario velará tu sueño admirable un grillo con su "estravario". ¡Adiós, estrella del pecado! ¡Amor divino de la metal! Estás triste, viejo y cansado y aun tiene un beso alucinado para ti tú María Antonieta...

EL CONDE DE SANTIBÁÑEZ DEL RÍO

Poema en reflejo

El pañolón de la noche andaluz hasta los huesos, —tres tintas decorativas: plata vieja, añil y negro— con un cuerno de la luna enredado entre los flecos, se prende al talle del mar y lo embriaga de festejo.

El agua estrena esta noche su combinación de espejos:

Danza de vértices, salen a pasear los luceros y se retratan—borrachos— con capotes de pasco. (Cuando suban a su altura se enfiadará el Universo.)

Las barcas, cisnes de angustia, gaviotas pretendiendo —las alas soñando un "raid" y decapitado el cuello— las guitarras de las quillas empenachan de rasgueos.

El pez ensaya en el fondo su experiencia del anzuelo y quiere subir a flote doctor en banderilleos.

En el caballo de un morro la luna —tufos flamencos, blanca camisa rizada— cuelga jerezano atuendo: monta con borlas de plata, silla vaquera y arreo.

Monstruo de silencio y linfa y naufrago de recuerdos, —sotabarba, gorra y pipa, viejo lobo marino— masca tabaco un falucho y grita un píropo al cielo.

Las aspas del faro giran el tío-vivo reboletero y le dan al aire bravo —montera en la mano—un quiebro. (Populacho las sirenas siembran fiebres de pañuelos pidiendo —vela y amarra— oreja y rabo en trofeo.)

Y el mar, peineta de estrellas sobre las ondas del pelo, se va en manola de linfas tirando besos al puerto.

JUAN REJANO

¿Quiere usted tener una hermosa biblioteca por 5 pesetas mensuales?

Suscribase a las "Bibliotecas Populares Cervantes". Colección que publica LAS CIEN MEJORES OBRAS DE LA LITERATURA ESPAÑOLA LAS CIEN MEJORES OBRAS DE LA LITERATURA UNIVERSAL

O sean aquellos libros que todo hombre culto debe haber leído. Aquellas obras donde está condensada la ciencia y la experiencia de cien generaciones humanas. Nada esencial falta en ellas. Todo lo grande está en ellas. Ellas bastan para formar una inteligencia.

LAS BIBLIOTECAS POPULARES CERVANTES

edita libros de doscientos y trescientas páginas, que valen en librería 2,50 pesetas. Pero los suscriptores a esta biblioteca pueden adquirirlos por 1,25 y recibir todos los meses cuatro volúmenes por cinco pesetas.

D., profesión residente en provincia de calle núm., se suscribe a una Biblioteca Popular Cervantes, cuyo importe, a razón de 1,25 pesetas volumen, pagará contra reembolso por mensualidades de CINCO pesetas.

Fecha..... Firma:

Príncipe de Vergara, 42 y 44.—MADRID.

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones. Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15. Librería Renacimiento, Preciados, 46, y Plaza del Callao, 1. Madrid.



Gisela Ephrussi, torero.

Ezio Levi, en Madrid

Cátedra de Lengua y Literatura italiana

Curso explicado por el profesor Ezio Levi, de la Universidad de Nápoles. Hispanista escrupuloso, detenido, exacto. Acaso el "hispanista oficial", el hispanista por excelencia. No vinculado a nuestra vida intelectual directamente por razones de residencia. Pero en cambio—a pesar de su nacionalidad extranjera—, español de raza, psicología, afición y lengua materna. Porque Ezio Levi es un español sefardí, "un español de Toledo". Auténtico y valioso resto de nuestra Edad Media, el momento más glorioso de la Historia occidental.

Programa: "El realismo en la tradición literaria italiana." Desenvolvimiento de esta idea: I. La antigua Florencia; el "Novellino" y el "Decamerone"; Franco Sacchetti; elementos realistas en la poesía del Dante; la poesía francoveneciana; Carlomagno y el rey Artus en Italia; peregrinaciones; Giullari; Luigi Pulci; la época del Renacimiento; Boiardo; humorismo en Ariosto; la tradición italiana y el "Quijote". El mismo trabajo práctico de Seminario, ejercicios prácticos concordados.

Profesor Levi. Todo el período alejandrino en un solo hombre. Resurrección de la Antigüedad entera. Intelecto clásico y raza semita. Figura enjuta animada por un oculto temblor de pensamiento en ebullición que escapa por los ojos—inquietud bíblica, bravura castellana—, que contrasta con la aparente—y total—calma exterior. Fino y amable, con suavidad de "colonial" italianizado, encima. Ardiendo en su propio pensamiento como los ángeles del Greco—por dentro—. Habla de Boccaccio y su literatura erótica, con tono profético. Como Freud, su hermano de raza y de ciencia.

Levi da una razón de ser al Renacimiento italiano. Al menos a su parte más conocida. Esta razón es: "Cataluña". Por su conexión con Grecia y el Levante sarraceno durante toda la Edad Media en que Cataluña era el insustituible intermediario entre Europa y el Islam—papel heredado mucho después por Génova y Venecia—. Por un papel de nexo entre Andalucía árabe y el mundo italiano, camino por el que fué a Italia el núcleo de "La Divina Comedia", y en parte, después, el mismo Boccaccio. Porque Cataluña estaba en aquel tiempo llena de mercaderes florentinos. Un grupo de ellos—la familia Manelli—eran los más íntimos amigos de Boccaccio, vivían en Barcelona y poseían el manuscrito original del "Decamerón". "Boccaccio no fué trasladado de Italia a España, sino de España a Italia." Luego, al popularizarse Boccaccio, las primeras y mejores traducciones de él son catalanas. Porque la vida catalana y florentina eran casi la misma en esta época. La Florencia del Renacimiento vivía exclusivamente de la industria de la lana; Florencia no tenía lana; toda procedía de Cataluña y el Maestrazgo. Los pastores de nuestras serranías orientales eran—indirectamente, inconscientemente—la base, el pedestal de la cultura florentina.

Ezio Levi prepara varios libros sobre estos temas apasionantes. Ahora hizo uno, "Canzonj e botteghe della vecchia Firenze", editado en Bolonia. Está en prensa "Castillos de Castilla". Y varios folletos: "Florentinos y Catalanes", en Nuovo Antología; "Los florentinos en el Maestrazgo", editado en Castellón por una Sociedad local de cultura; "Los almogávares en Italia"—Milán—. Prepara un gran libro ampliando este tema: "La Italia. almogávar". Y una labor española muy intensa—especialmente bibliográfica—en la nueva revista "Leonardo", que editará Treves. En su próximo curso madrileño de primavera aludirá a estas formas de vida hispanoitaliana al nacer el Renacimiento. Serán: "Viaje literario a través de Italia."



Un Buster Keaton

Buster Keaton es un cómico salido de la Universidad de Charles Chaplin. Hasta hace poco, Buster Keaton andaba—o quería andar—por su propio camino. Procuraba establecer la distancia existente entre su trabajo y el de Charlot. Hoy, Buster Keaton se ha dado cuenta que entre Charles y él puede haber un contacto—un gran contacto—y—siéndolo ya—, se ha decidido a ostentar abiertamente el título de discípulo—de primer discípulo—de su gran maestro.

El viejo triángulo cómico—Charles Chaplin, Buster Keaton, Harold Lloyd—fué truncado con la aparición de Harry Laugdon en *El hombre cañón* y *Su primeros pantalones*. Anteriormente, Harry Laugdon hizo muy buenas creaciones cómicas. Esas creaciones cómicas que han hecho todos, y a las que solamente miramos ahora. En la hora de sus triunfos.

Harry Laugdon ha logrado vencer a Harold Lloyd porque su humorismo es más sincero. Harold Lloyd es mucho más cómico. Pero Harry Laugdon es mucho más humorista. Mientras Harold Lloyd construye sus películas empleando viejas envergaduras teatrales—en cuyos trucos principales afirma sus más logradas actuaciones—. Harry Laugdon crea trucos puramente cinematográficos y expone su humorismo sincero, idiota, simplídicamente auténtico.

Harry Laugdon ha podido apoderarse del lugar que ocupaba Harold Lloyd. En cambio no ha logrado escalar el balcón de Buster Keaton. Su comicidad—la de Buster—, su figura, la tristeza perenne de sus ojos, su seriedad libranle de todos los asaltos. Si Harry—vencedor de Harold Lloyd—pretendiese enfrentarse con Keaton, sería—irremediablemente—derrotado. Así, mientras Harold desciende un puesto—del tercero que ocupaba al cuarto en que hoy se le sitúa—en la alineación de cómicos, Buster Keaton se mantiene en el lugar de siempre: en el segundo. ¡Hasta que otra nueva monomanía cómica—más potente que las actuales—aparezca en el foco del cinema, Buster Keaton será, por derecho propio, el primero de los lugartenientes de Charles Chaplin!

Desde la aparición de Buster Keaton, en las películas breves que centralizaba Fatty, hasta hoy, hemos seguido sus pasos en plan simpatizante. Siempre pasamos por sus "films" con la solidez y la bonomía con que pasaríamos por una obra nuestra. Todos ellos nos son conocidos y de todas formas—navegante, boxeador, cow-boy, general, héroe—hoy *cameraman*—, nos es familiar su seriedad y su inmutabilidad de hombre que medita mucho las cosas antes de hacerlas.

Aunque Buster Keaton es más hombre que Charlot, menos payaso, ha logrado—como Charles—singularizar un rasgo personal, esencialmente suyo: su

seriedad. La seriedad de Buster, que viene a ser la elegancia de Chaplin. Una seriedad y una elegancia que produce efectos diagonalmente opuestos. En el primero, la seriedad que produce sonrisas. En el segundo, la elegancia que se manifiesta en perspectivas grotescas. Siempre el patetismo de uno y de otro con la fidelidad de dos paralelas.

Recientemente ha sido presentada en Madrid *El cameraman*, película de Buster Keaton. Y en ella, Buster Keaton aparece completamente nuevo. *El cameraman* (el operador, el repórter gráfico, el periodista de los noticieros) es el primer "film" que Buster ha producido después de su reingreso en M. G. M. Parece como si esta separación de un par de años de los talleres de Metro la hubiese empleado Buster Keaton en estudiar una nueva forma para presentarse. Más que ocupado en sus producciones para Artistas Unidos nos le imaginamos meditando una evolución en su carrera de actor cómico; analizando la pureza del último cinema para tomar de ella lo realmente aprovechable, lo definitivo. Así es de puro y de nuevo este nuevo "film" de Buster Keaton.

Anteriormente a *El cameraman*, Buster Keaton creaba—y deshacía—mundos nuevos. En *Siete ocasiones*, en *El navegante*, en *El general*, en *El boxeador*, Buster creaba trucos de gran efecto espectacular. Todos ellos han desaparecido tras la pureza y la simplicidad estética de *El cameraman*. Por su asunto, por la forma poemática de su tesis, este "film" del tan mal llamado "Pamplinas" acértese más a *Mi vaca y yo*—otro gran acierto de Buster—que a sus otras obras. Es más real y más humano. Más humano su fondo por la exaltación de los *cameraman*s, esos hombres anónimos, auténticamente heroicos, y más real por la vitalidad de su síntesis, por su lógica sincera y admirable.

En *El cameraman*, Buster Keaton es más humorista y menos sangriento. Buster ha sido siempre un hombre de distintos oficios y profesiones, a los que ha ridiculizado y deshecho. Después de ver el suyo, nunca podremos tomar en serio a un general, a un boxeador, a un navegante. Su *cameraman* ya se acerca más a la realidad. Si buscásemos un defecto a Buster Keaton sería el de haber tomado en serio una profesión. El de no haberla deshumanizado.

Tiene este "film" momentos de alegría—de alegría que nos incita a la sonrisa franca—y momentos de silencioso patetismo que nos impregna de tristeza. Recordemos—justificando nuestra primera afirmación—las escenas de Keaton y del guardia en la lluvia, en el baño; el partido de "rug-

by", y entresaquemos—para la segunda—aquel primer plano de sus ojos tristes mirando a Marceline Day; su carrera desenfrenada cuando le cita por teléfono; su estúpida situación cuando llega cargado de específicos y ve a la protagonista golosamente acariciada por el otro, y su final. Su final bufo, bañado con el agua lustral de un tinte épico. ¡Ya que nada tan bufo y tan épico como el andar de Buster—arrastrado por ella a la gran recepción que le espera—saludando al público que aclama al héroe, a Lindberg, y a cuyos saludos corresponde Buster por creerlos suyos!

Conviene tener presente el acierto de Edward Sedwigk dirigiendo este "film". Sedwigk ha descubierto en Buster Keaton su gran preocupación intelectual y se ha servido de ella. Le ha buscado magníficas situaciones cómicas y le ha proporcionado momentos de maravillosas preocupaciones estéticas. Buster Keaton es en *El cameraman* más espontáneo que en sus otros "films". Y esto, más que obra suya, es una consecuencia del director. De Edward Sedwigk, que ha sabido acercarle a Chaplin, a sus mismas espontaneidades y a sus amargas preocupaciones.

Así toda la cinta. La risa y la sonrisa cogidas de la mano en todos sus fotogramas. Este "film", uno de los más puros que ha dado Norteamérica, ha obtenido—como todos los "films" de Charles Chaplin—un éxito por duplicado: el de la masa y el de la minoría. Y en esta paradoja se escuda su valor, su afirmación. Porque todo lo auténticamente bueno consigue el aplauso del gran público y el elogio del grupo. El primero le acoge y le otorga sus aplausos ruidosos. El segundo le saborea en su intimidad más pura, recatadamente, con el deseo—lógico y egoísta—de que no rebese sus limitaciones.

Por eso Buster Keaton es un Buster nuevo, y este "film" un "film" puramente cinegráfico, eminentemente norteamericano. Ya que—como todos sabemos—su comicidad, su humorismo, su aquilatación estética—chapliniana—, su valor positivo es lo más esencial y lo más puro del cinema yanqui.

JUAN PIQUERAS

Mitología de Martí

por A. HERNÁNDEZ-CATÁ

"El arte de novelista y de poeta con que Hernández-Catá compuso otros relatos aporta este libro de historia un latido de amor, un perfume de espiritualidad que nos sugiere y encadena."

Dionisio Pérez.

"Hernández-Catá, tan cubano y español, ha sabido comprenderlo, y nunca es tan delicada su mano firme de escritor consciente como en estas páginas difíciles. Sólo para comprobar esta opinión vale la pena de leer su *Mitología de Martí*."

Luis Bello.

OCHO PESETAS

RENACIMIENTO. COMPAÑIA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES. Príncipe de Vergara, 42 y 44. MADRID.

POSTALES INTERNACIONALES

FRANCIA

TEATRO PIGALLE

El teatro ultramoderno, de arquitectura se entiende, que no existía hasta hace algunas semanas en París—ciudad vetusta y venerable casi toda ella, donde las gentes del mundo entero se obstinan en vivir, o morir, de la manera más moderna que imaginar se pueda—, ha abierto por fin sus puertas al público, estrenándose con un espectáculo de arcaica fantasía: "Histoires de France", que más tiene de recapitulación humorística, a base de serias intenciones, de algunos hechos anecdóticos atribuidos a grandes personajes de un pasado, glorioso como todos los pasados.

Juana de Arco, Luis XI, Francisco I, Enrique IV, Richelieu, Mazarin, Luis XIV, los Jacobinos, Napoleón I, Talleyrand, Luis XVIII, Carlos X, Napoleón III y la Emperatriz Eugenia, Thiers y muchos otros personajes de menor cuantía resucitan, se levantan una vez más de sus monumentales mausoleos, llenando la escena con el verbo un tanto erudito de Sacha Guitry, autor y actor al mismo tiempo, verbo que termina por hacer reír e interesar una y otra noche a los miles de provincianos y estudiantes de primero y segundo año que acuden a la modernísima sala para recrearse con esta caricaturesca y vejisima farsa.

MUSICA CLASICA

Wanda Landowska, hablando no con palabras—harto trillados símbolos—, sino con las penetrantes y voluptuosas sonoridades de su clavecín mágico, ha conseguido inundar nuestros sentidos de bellos y discretos pensamientos, de bellas y armoniosas melodías, al conjuero de una ejecución personalísima y perfecta, evocación de aquellas obras que hicieron del siglo XVIII, el siglo de oro de la música.

Los nombres de algunos grandes clásicos de este divino arte: Johann Kaspar Ferdinand Fischer, Johann Pachelbel, Benedetto Marcello, W. A. Mozart, Johann Kuhnau, Jean-Philippe Rameau, Francois Couperin, Le-Grand, Johann-Sebastian Bach y Domenico Scarlatti figuraban en el programa de este concierto (tercero de la Serie histórica) para clavecín y piano. La genial e insuperable intérprete que es Wanda Landowska mostrase, como siempre, magníficamente generosa de ese arte, sublime prodigio, tesoro suyo, derrochando en esplendidez de cascada el néctar afrodisiaco de su depurada sensibilidad.

BELLO CANTO

Conchita Supervia también ha conseguido un éxito clamoroso en los dos recitales que ha dado estos días en París. Como mujer y gran artista merece todos los elogios que mi pluma, a veces febrilmente literaria, es capaz de trascribir al papel.

Su voz, una de las más bellas que actualmente existen, es amplia y pastosa en los registros graves y de un cristalino frescor, incomparable, en los registros agudos. Ligera, graciosa, femenina en su más noble sentido, Conchita Supervia es la intérprete soñada, la encarnación ideal del pensamiento en que vibrará el alma de Rossini, el inolvidable creador de "El barbero de Sevilla".

La recepción dispensada a la gran cantante española, tanto por el público parisiense como por el aristocrático que la recibiera en los salones de la Embajada de España, no ha podido ser ni más entusiasta, ni mejor merecido.

LITERATURA

Marcel Arland, al ser laureado con el Premio Goncourt de 1929, por su obra—tres volúmenes—"L'Ordre", parece destacarse como uno de los pioneros de un género

literario, muy poco abundante en Francia, que de algún tiempo a esta parte no deja de acusar sensibles progresos. Este género literario, muy de la provincia, muy poco parisiense, ha sido ya catalogado bajo el nombre de "moralista", de "sembrador de buenas costumbres", de "reaccionario", según los decadentes; de "revolucionario", de acuerdo con los puritanos; de "pesado", al decir de los gustadores del libro sintético, reducido; de "denso", de "sustancioso", si nos atenemos a lo que proclaman los lectores empedernidos, amantes del libro de cuatrocientas u ochocientas páginas cuando menos. En resumen: pintorescas polémicas a granel, sendos artículos en todos los diarios y revistas, notas biográficas, bibliográficas, fotografías, dibujos, caricaturas, reportajes, visitas, banquetes, discursos, discusiones, abrazos, etc., etc.

Segundo resumen: Un interés grande, general, despertado en el público, clientela propiciatoria, traducido en un número respetable de millares de novelas vendidas, ledas, llevadas por mediación de los ojos a la imaginación y al cerebro, estimuladoras, disciplinadoras de esa maravillosa facultad que es el pensar, fuente, manantial de emociones y de comprensiones poco a poco más ennoblecidas, más desmaterializadas, menos inferiores, menos egoístas...

MARCIAL RETUERTO

Este número ha sido visado
por la Censura

PEN-CLUB

de Eduardo Gómez de Baquero

Contiene este volumen, segundo de las "Obras completas" del gran maestro desaparecido, ensayos admirables sobre Góngora, Antonio y Manuel Machado, Enrique de Mesa, Rafael Alberti, Gerardo Diego, Enrique Díez-Canedo, García Lorca, Jorge Guillén, Tomás Garcés, Miguel de Unamuno, Guimerá, Corominas, Lorenzo Riber, Madariaga, Emilio Carrere, Quintana, Zorrilla, Campoamor, Tassara, Fray Luis de León, Francis Jammes, Balart, Pedro Salinas. Y los poetas americanos Gabriela Mistral, Jaime Torres Bodet, Xavier Villaurrutia, Enrique González Martínez, Alfonso Reyes, Francisco de Icaza.

El tomo anterior, primero de sus "Obras completas", titulado

GUIGNOL

lo constituye una serie de ensayos en forma dialogada, que abordan temas sociológicos literarios y de costumbres.

Precio de cada volumen: 5 pesetas.

RENACIMIENTO, COMPAÑIA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES. Príncipe de Vergara, 42 y 44. MADRID.

RAZAS Y CULTURAS

Quizá en ninguna otra parte se ha discutido tanto sobre estos dos términos como en España. Basta recordar: "raza", "casta", "castiza", "casticismo". Y luego, agregar a la "raza" el término de "cultura", de "concepto", de "ideas", de "orientación". El cuadro será completo. Pero no del todo.

Es que en España casi siempre han considerado a la raza y a la cultura como algo abso-uto. Algo cerrado y puro de toda mezcla. De ahí el concepto del casticismo. Tanto en el dominio del arte y de la literatura como en la política y en la vida.

¿La cultura de una raza!... ¿De muchas razas! ¿Cultura y raza! Estos dos términos se ligan muy a menudo. Pero para comprenderlos bien debemos estudiarlos separadamente.

Empezamos con la cultura. ¿Qué es cultura en general? Es un conjunto de ideas, de conocimientos y de obras que posee una sociedad, sea la que fuere su organización. Cada grupo humano tiene un cierto grado de cultura. Desde los más primitivos, hasta los más avanzados en el progreso. Y cuanto más atrasado es el grupo, tanto su cultura es más original. Más exótica. (Exótica es el término más justo.) El progreso rompe las barreras. Iguala a los hombres y a las ideas.

Nosotros marchamos hacia una cultura común. Humana. Universal. Las causas de esta marcha son numerosas: La técnica, las guerras y las revoluciones.

Todo nos arrastra con fatalidad hacia la cultura universal. Hoy ya tenemos indicios claros de esta cultura, que mañana se impondrá al mundo.

Sin embargo, hoy por hoy existen varias culturas. Muchas culturas. Tantas cuantos idiomas hay. Más todavía, cuantos dialectos existen. Pero estos últimos son, más pronto, variaciones de una misma cultura. En este caso tenemos cuestión de matices, de grados.

Para nosotros el idioma, la lengua es el rasgo más característico de una cultura. La lengua no es solamente un simple conjunto de palabras. Es algo más. Es un modo original de ver y expresar las cosas.

Cada idioma tiene su lógica. Y por esto, mientras existen los diferentes idiomas, existirán también las diferentes culturas. No nacionales, sino de razas. Dentro de las regiones que abarca una misma lengua. Dentro de su radio de acción.

Claro está, que por otra parte, causas y factores comunes influyeron en sentido opuesto. Obraron en dirección contraria, para crear la cultura universal. La única cultura. El hombre tipo standard Ciudadano del mundo...

¡Es una lástima! Y llorarán los poetas para el pasado que no volverá nunca. Jamás "¡Es un horror!", gritarán los hombres de la tradición.

Pero es inútil toda la gritería. La técnica, las guerras y las revoluciones nos arrastran irremediablemente hacia la cultura universal. Hacia el hombre, tipo standard, ciudadano del mundo.

Pero todavía es temprano. Hoy por hoy, existen las razas. Y son ellas las que rigen los destinos del mundo.

¿Y qué es una raza? Ya se sabe lo que es una raza, vista desde el punto biológico. Pero el sentido biológico a nosotros no nos interesa. Y, además, nosotros no estamos dispuestos a aceptar que existen razas de pura sangre. Hoy día esto es imposible.

Nosotros aceptamos la raza como un hecho social. Como una mezcla de tipos y sangres, que tiene un idioma común. Eso es, un idioma común, de donde ya proviene un modo especial de ver y expresar las cosas. Una lógica y una cultura. Solamente en este sentido podemos hablar de una raza hispánica. Y para una cultura hispano-americana.

Ante todo el idioma. El es la base más sólida de una cultura. Es el lazo misterioso que de la mezcla de tipos y sangres forma una raza. Claro está, la raza como un hecho social y no como un fenómeno biológico.

Generalizando siempre en este sentido haremos varias constataciones, algo atrevidas para los hombres de la rutina:

Primo. Nosotros afirmamos que ya no existe la raza latina (¡Y si usan tanto la palabra "latina", es que este término sirve de perfecto biombo para mucha gente!) Hoy día la raza latina es un hecho histórico y nada más. Es que la lengua latina está muerta. Pues está roto el lazo más fuerte que une los individuos en una raza. Tanto más esta razón se puede sostener acerca de la raza latina. Ya se sabe que esta última, desde el punto biológico, ha sido una mezcla de numerosos pueblos bárbaros. Una mezcla fundida en las calderas de la lengua latina... La raza judía es otro argumento

en pro de nuestra tesis (aunque hay cierta diferencia entre la raza latina y la hebrea). Para los judíos se puede decir que son una de las razas más puras (en sentido biológico). Pero el hebreo ya es un idioma muerto. Así que los judíos contemporáneos no tienen un idioma común. Y hoy nadie habla de una cultura judaica. Contemporánea e íntegra. Y si, a pesar de esto, a veces hablan de la cultura hebrea, es de la antigua. De aquella que ya no existe. De la muerta. Y si está viviendo todavía la raza judaica (aunque como un hecho biológico y religioso), la causa es otra. Es la religión. El dogma. Pero hoy la religión (fuera del judaísmo) ya ha perdido muchísimo de su fuerza centripeta. Queda solamente la lengua. Esto lo sienten los mismos judíos. Y por esto ahora en Palestina han reconocido al hebreo como idioma oficial. Así, resucitando a su idioma, los judíos de hoy quieren resucitar a su cultura. Y a sí mismos como raza (en sentido social).

Un ejemplo más. Suiza es una nación. Pero no se puede sostener seriamente que existe un tipo suizo. Una cultura suiza. Es porque los suizos no tienen lengua. Austria y Bélgica tampoco tienen su cultura. Separada, marcada, íntegra. Es que no tienen lenguas propias.

Nosotros pensamos que ya ha pasado el tiempo del nacionalismo. Hoy las pequeñas y aisladas naciones no representan, ni pueden ser factores de cultura. Solamente las grandes razas (los grupos de naciones que tienen un idioma común) pueden resistir y luchar ventajosamente. Pueden desarrollar y defender su cultura. Las uniones por raza son casi una necesidad biológica en el momento actual.

Los hechos lo demuestran claramente. Al primer lugar tenemos la idea de Hispano-América. Y ya no como un recuerdo sentimental, sino como un medio de desarrollo y defensa común de la raza hispánica. Luego tenemos al "anschluss", o la unión de Austria con Alemania. Y al último tenemos el esfuerzo de Mac Donald, o el acercamiento de Inglaterra y Norteamérica. El gesto de Mac Donald es algo más que una simple política. Es un esfuerzo a guardar la hegemonía de una raza. La raza anglosajona. En este sentido la entrevista Mac Donald-Hoover es de enorme trascendencia histórica.

BORIS CHIVATCHEFF

El día de Reyes



García Sanchiz durante su charla a los niños.

(Apuntes de Solís Avila.)

El día de Reyes tuvo lugar en la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones el reparto de juguetes y libros con que esta Empresa obsequió a los hijos de sus empleados. Al acto asistieron figuras prestigiosas de la Ciencia, de la Literatura y del Arte. Recordamos entre los asistentes a Gustavo Pittahuga, Dionisio Pérez, Benjamín Fernández Medina, ministro del Uruguay; Cristóbal de Castro, Antonio Ballesteros Bereta, José Francos Rodríguez, Blanco Fombona, Ricardo López Barroso, Ramón Maríá Tenreiro, Victoriano García Martí, Antonio Robles, Rafael Marquina, E. Salazar y Chapela, Agustín Millares, Martín Luis Guzmán, Jenaro Artilles, Miguel Pérez Ferrero, Rafael Comenge, Pelayo Vizueté, Angel Lázaro, José María Salaverria, Mariano Tomás, etc., etc.

Federico García Sanchiz dedicó una charla amenisima a los niños allí reunidos, encareciendo la significación del porvenir del acto que celebraba la C. I. A. P.; recordó la figura de Gaidós y dedicó, por último, bellas frases de entusiasmo, elogiando su interés, su poesía, y su imaginación al nuevo libro para niños, de Antonio Robles, titulado "Veintiséis cuentos infantiles en orden alfabético".

Los directores de la C. I. A. P., D. Manuel L. Ortega y D. Pedro Sáinz Rodríguez, una vez efectuado el reparto de juguetes y libros, obsequiaron con un vino a la selecta concurrencia.

En el Circulo de Bellas Artes, y organizada por la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, tuvo lugar la Fiesta del Libro del Niño, primera celebrada en Es-

paña con este nombre y con el fin de pagar la literatura infantil y estimular a los padres y maestros para que adquieran este tipo de literatura para sus hijos y discípulos.

Tuvo lugar esta fiesta en el teatro del Circulo de Bellas Artes, como hemos dicho, y tomaron parte en ella Rafael Marquina, el duque de Canalejas, Antonio Robles, Enrique Gastardi, Eduardo Marquina y Solís Avila.

Rafael Marquina expuso con perfecta claridad y fina oración los motivos y las aspiraciones de la fiesta, sin omitir algunas palabras de elogio para la C. I. A. P., que tanto viene haciendo desde su fundación por la difusión del libro.

Acto seguido, el duque de Canalejas relató un cuento amenisimo, que tituló "Lo que me contaba mi padre", en el cual deslizó muchas frases tendientes a formar la sensibilidad moral del libro.

Antonio Robles, con la gracia que le es característica, leyó al auditorio el cuento "Boda de la princesa y Colarín", uno de los cuentos más interesantes del nuevo libro que acaba de publicar, "Veintiséis cuentos infantiles en orden alfabético". En varias ocasiones fué interrumpido por la risa y los aplausos de la concurrencia, a la cual no pasaba desapercibido, ni siquiera en una lectura, el fino humorismo de Robles.

Enrique Gastardi, del Observatorio Astronómico, dió una finísima lección de Astronomía, señalando aquellos libros más a propósito para el conocimiento de esta ciencia por el niño.

Por último, Eduardo Marquina recitó una espléndida poesía, "El auto de Juan", que fué efusivamente aplaudida.

Solís Avila hizo el retrato de uno de los niños que concurrieron a la fiesta.

POSTALES IBERICAS

GIJÓN

EL RITMO ANACRONICO

La anterior nota sobre el Ateneo tuvo la virtud de revolucionar el ambiente de la casa. El ambiente apesotado de vulgaridad creado por los "grupos". Fué la descarga de mi 42 contra el espíritu anacrónico y la rutina actuantes. Imaginad un ángulo marino en cuya superficie cierta fauna se amodorra imperturbablemente. Arrojad de improviso una lluvia de pedruscos y tendréis el siguiente resultado: Reunión abisal acalorada con juicios maldicientes para el atrevimiento. Con el fin de ahorrarnos trabajo, imaginad también la gama.

Dentro de los partidos políticos existía idéntico parecer. Se tendía a hacerlos indiscutibles. ¡Y así iban ellos! Siempre se temió el revulsivo. Es decir, nunca agradó la función de vigía. Capúa y no los Alpes. Sin reflexionar que la gloria va anexa en el esfuerzo que el coronamiento de éstos supone.

Pero cojamos el hilo del Ateneo por su parte larga. Sí. Contemos historia. Que es igual que hacerla. Discutamos, señores. Esto que tanto queremos pongámoslo al rojo. No nos pasemos los años tirándole besos, mintiéndole éxitos. ¡Enardezcámoslo!

Era el mil novecientos trece. Redonda expresión. Creyérase irónico botín de noveloide décimonono. El Ateneo dormía—que no soñaba—todos los días del año, menos tres. Se vertebraba por Pascua abrilena, por San Juan y San Pedro. No recuerdo si también por Santiago. El soplo milagrero de días tales residía en la caja de un piano casinario y en el tambor de organillo ventero. Se abría mostrador para el munificente: azucarillos, cervezas, gaseosas, café, dulces y otros licores de perra gorda. ¡Deliciosa estereotipia añorada desde alta atlataya! Comenzaba la gesta cultural a las nueve, y no concluía hasta el desperezo del gallo. La institución se regentaba por hombres probos. ¡Y hay que ver, mejor dicho, acordarse, cómo administraban! Sacarles un pliego de papel de carta constituía derrame copioso de agua frontal. Pasada la musiquita y el "tripoleo"—¡otra vez!—de fechas tan solemnes, reanudábase el sopor. Tanto, que un buen amigo, no de este mundo ya, el autor de "Pomarada Asturiana", iluminó el interior del Ateneo cierta hora con la imagen del faquir contemplándose el ombligo. Lo dijo en letra de molde, y, claro está, se armó el revuelo de costumbre. Y se argumentaba: "Esas cosas deben decirse en la general." Esto de la "general" no sonaba mal para entonces. Pero ahora lo más acertado sería no celebrar ninguna. El reverbero de la "general" con el señor que se alza al final pidiendo el "voto de gracias", merece también la punción del instante.

Al lado de aquel silencio cotidiano crecía un "grupo"—nada parecido a los actuales—que sentía como azote el bochorno de la fiesta. Y cual lección al espíritu vejatorio

imperante, decidió traer por cuenta propia mensajeros de rebeldía y eficiencia mental. Tocóle el turno primero a Eugenio Noel, que andaba a la sazón a puñadas con los centauros y marionetas de la taurofilia, asaz hipertrofiados de aplauso popular. Fué el paso hacia la luz. Se atestaban los teatros por oír. Lo que evidenció nuevo viraje. El "grupo" en cuestión se dió a discutir y a contagiar. Hasta que se planteó el debate de la renovación en regla. Emproése la nave hacia los altos mares del pensamiento, con lo cual huyó amedrentado el fantasmón de la cultura que aporreaba el piano y daba alegremente la manivela.

Y navegando, felizmente en ocasiones, con zozobra las más, arribamos a los presentes escollos. La rutina volvió a enseñorearse, a hacer prosélitos. Se entra y se sale en el Ateneo como en casino pueblerino. Otro "grupo" hijo del tiempo se precisa. Otro "grupo" resuelto, que arroje al mar el ajedrecismo y parentela; que airee las estancias con aromas culturales quinquiesenciales. Que no consienta directores con ideas mohosas, de rodaje periodístico. Altitud otra vez. Cenit. Pilotaje halconero.

LA BRECHA DORADA

Claudio Sánchez Albornoz y Américo Castro; magníficos cetreros medieval y renacentista. ¡Por ahí, ortodoxos ateneístas, por ahí! Centro de Estudios Históricos. Ya era hora que el docto nombre sonara dentro de las amplitudes del Ateneo. Como es hora de que invadan los estantes de las bibliotecas las grandes obras que en él se construyeron. Y de que se vean, de mano en mano y ocupando las mesas, sus documentadas revistas. Cerrojazo a la vaguedad y al subjetivismo por cierto tiempo. Veamos a España concreta. Investigación lujosa. Estética y subsuelo. Y lo agraz en desafío. Todo menos la sofocante ola de ordinareiz a que hemos sido sometidos.

Pero lo terrible—métase en el vocablo sentido unamuneco—es que tenga que ejercer de lancero el menos llamado. Por todas partes se habla de juventudes inquietas, de promesas, de realidades en ciernes. En Gijón, por lo que al aspecto intelectual se refiere, no asoman. ¿Existen? ¿Sí? ¿Será menester, entonces, lanzarlas el injurioso apóstrofe de Costa?

No abusemos del espacio. Quédense para otro momento "nuevas evidencias" acerca de las bibliotecas y sobre el caso de las presentaciones en los actos. ¡Hay Ateneo "pa" rato!

EUGENIO DOMINGO

LA GACETA LITERARIA

APARTADO 33
MADRID

GUERRA

DIARIO DE UN SOLDADO ALEMAN

DOS LIBROS SOBRE LA GUERRA HAN APASIONADO A LA OPINION EN ALEMANIA Y EUROPA. USTED CONOCE UNO: "SIN NOVEDAD EN EL FRENTE". HE AQUI EL OTRO

5 PESETAS

MUNDO LATINO. COMPAÑIA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES. LIBRERIA FERNANDO FE, PUERTA DEL SOL, 15. LIBRERIA RENACIMIENTO, PRECIADOS, 46, Y PLAZA DEL CALLAO, 1. LIBRERIA BARCELONA, RONDA DE LA UNIVERSIDAD, 1, BARCELONA. FERIA DEL LIBRO, EXPOSICION IBEROAMERICANA, SEVILLA

ESCAPARATE DE LIBROS

V. GARCÍA MARTÍ: *El sentimiento de lo eterno.*

Dos sentidos muy diversos pueden ser otorgados al título de estas notas. Aludiría uno, el más vulgar y primario, a ese género de meditaciones que, como las cosas sobre las que se dice que carecen de objeto, permanecen injustificadas y en declive. Aludiría otro, el más agudo y filosófico, a unas meditaciones a las que sencillamente ha faltado lo que se nos antoja de más rápida urgencia procurarse: un objeto. Aquello que va a constituir de alguna manera la meditación misma que le dediquemos. Una meditación sin objeto es, pues, la ausencia de algo sobre que meditar, de ese algo delicioso sobre que cernirse en vuelo teóricamente incansable. Es una meditación sin garantía, aquello que lo mismo puede hacerse que no hacerse. Pero como parece imposible ejercitar la función intelectual sin alguna cosa a que referirse de manera inmediata, ahí están las ficciones, lo primero que llega a nosotros y nos hace guiños rurales, de extracción sencilla. Entregarse a ellos es la característica del pensamiento ingenuo. Obviarlos y eludirlos es la nota peculiarísima de otro género de pensar, el pensar auténtico, o sea, la aventura filosófica. El mundo ingenuo no tiene nada que ver con el mundo filosófico, son afanes irreductibles y distintos.

Si algo proporciona la cultura filosófica es la relativa facilidad con que pueden ser atrapados los problemas. Consiste en un presentarse los objetos legítimos, no en clara proyección de evidencia, pero sí dotados de esa *Hin*, dirección o intención, que juega papel tan decisivo en la filosofía alemana más reciente. Los objetos sobre los que ha de cernirse el pensar son por tanto de origen especulativo. Deben pertenecer a una tradición filosófica, o bien ser justificados en un sistema de categorías lógicas originales que es preciso descubrir. Esto no es idealismo infuente, según intentaré probar en un ensayo próximo sobre Emilio Lask y la filosofía de los valores, sino más bien la dificultad central a que ha de hacer frente toda filosofía.

Las líneas anteriores propenden a recordar lo que es olvidado con cierta frecuencia: que la filosofía consiste en una fidelidad y en una disciplina rigurosas. A un secreto, a una contraseña que ella ha elaborado al tiempo mismo de manifestarse en la historia. He oído decir repetidas veces al querido maestro Morente que la más grave dificultad que reside en los libros de filosofía consiste en que el lenguaje de los filósofos se nutre de *alusiones*. He aquí la palabra, el sentido del *Hin* a que antes nos referíamos. Las *alusiones* no son captadas sino por quien viaja en el vehículo tradicional de la filosofía. La filosofía contemporánea—crítica de Marburgo, filosofía de los valores, fenomenología, etc.—justifica con todo rigor estos juicios nuestros, es una filosofía de profesores—; por lo tanto, que ante todo y sobre todo saben filosofía—hecha en las escuelas a base de núcleos restringidos y selectos. Impenetrable, pues, para todo extraño avizor.

Claro que al lado de todo eso hay los pensadores sentimentales—si en estas dos palabras hay nexo posible—rebeldes a toda disciplina teórica. Las cuestiones tienen para ellos una palpación, psicológica, y sus esfuerzos se refieren siempre al análisis y descripción de las rutas estelares que el hecho intelectual deja tras de sí. Extraños, pues, por completo, al sentido peculiar de la filosofía. Toda meditación sentimental es de entraña psicologista. Reside en el sector previo y elemental de la psique. Sobre esto puede elaborarse una sugestiva teoría, que me sería grato intentar alguna vez, donde quedasen fundamentadas las jerarquías de toda la ascética, la mística y otras interesantísimas derivaciones sentimentales. Pues tengo casi la convicción de que en vez de trascender los límites del concepto o las metas de índole categorial, en realidad quedan sus hallazgos más cerca del suelo, anclados en sectores raquíuticos e insuficientes.

Mi amigo V. García Martí, hombre de finísimas calidades literarias, ha publicado un libro acerca de lo eterno. Tema sin duda



V. GARCÍA MARTÍ,

autor de *"El sentimiento de lo eterno"*.

capaz de honda dimensión dramática, que el autor pone a flor de piel y dispara hacia nosotros con toda la robustez que puede. No es difícil creer que una conciencia—una subjetividad—frente a los problemas esenciales que se aluden en este libro, adopte toda esa fenomenología espectacular que García Martí señala. Ya no es tan fácil, por el contrario, considerar qué género de conquistas, en el panorama general de los saberes, han sido logradas. Acompañan, naturalmente, al hecho de mi pensar como al hecho de poseer yo un conocimiento, determinadas y peculiares impresiones de mi psique. Es inevitable, y ello acontece en todas las empresas en que me vea envuelto. No podía ser una excepción esa tarea que es mi lucha con las cosas y también las posibles verdades obtenidas. Hay por un lado la verdad, por otro mi vivencia de ella.

Todas las inquietudes lo son de una conciencia. El libro de García Martí se cñe tan sólo a las inquietudes. El problema de lo eterno cuando palpita a nuestra vera nos produce honda inquietud. ¿A qué es ello debido? ¿Qué es lo eterno? He aquí el gran equívoco que plantean orientaciones similares a las de García Martí. ¿Con qué derecho puedo yo preguntar qué es una cosa cuando no tengo de ella sino las vagas referencias que me proporciona un sentimiento vago? Comprender qué pueda ser una cosa es labor teórica que no intentaré sino cuando esa cosa llegue a mí dotada de un sentido teórico. Lo demás son impresiones subjetivas que atañen tan sólo a conciencias individuales.

Hasta qué punto resultan perturbadoras las actitudes consideradas se advierte en el problema histórico—en sí tan sencillo y esquivo—del determinismo y del libre arbitrio. Han ido siempre enlazados con él una serie de valores sobre los que gravitaba el tema en continuado peligro de encallar, las polémicas vivían inmersas en los contornos de la psicología. Un brumoso y psicológico *creerse libre* fue el único asidero conseguido. Y Spinoza hablaba de que la única libertad concedida a un ser es la de obedecer a su propia naturaleza (¡elegante manera de tangente las márgenes!) Pues esa naturaleza invocada por Spinoza es la cuestión. De otro lado, ¿qué es esto de *sentirse, creerse libre*? "La verdadera libertad", contestaría, por ejemplo, Unamuno. Y a García Martí le parecería sin duda muy bien esa afirmación. Una creencia tan vigorosa como la de estos hombres es quizá invencible. Pero la cuestión está ya en ellos falsificada, desvirtuada. Hay la diferencia entre el *creerse libre* y el serlo realmente.

Claro que—por fortuna—en el universo hay más cosas que filosofías y filósofos. La *escrutación categorial* no es la única posible. Pero sí la suprema, y desde luego la única eficaz. Porque ha nacido para eso, y se basta a sí misma en sus problemas. Sin vapulear a la vida—tan recia y magnífica en sus opulencias—con trágicos sentidos. O sentimientos trágicos. Denunciamos así todos los espiritualismos, realizadores entre otras cosas de una profunda subversión de los valores de la vida. García Martí llama *plebevez*—página 56—a lo que en realidad constituye el valor mismo de la vida. Como vemos, no sólo hay arbitrariedad lógica en la posición espiritualista, y por tanto radical incapacidad para el conocimiento, sino

que hay también otra cosa: desvitalización y pesimismo.

Su conocimiento es relatividad. García Martí, muy de acuerdo con toda la corriente intelectual a que permanece adscrito en general los saberes—es "un tejido impuesto por nuestra mente, único modo humano de captar las cosas". Esto es relativismo epistemológico y casi escepticismo radical. El ejemplo de Husserl sobre las máquinas de calcular sirve también para este género de relatividades psicologistas que ahora nos ocupa. Falta a estos señores la intelección de otro universo, que es el de las leyes lógicas, donde reside el secreto investigado. Sin él, careciendo de él, todo es naturalmente psicología. O mecánica.

La influencia—por otros advertida—de Bergson en García Martí no la creo muy poderosa. Le ayuda, sí, a algún que otro análisis sobre el carácter de las formas temporales. Nada más. El libro es gratuito de leer y muestra en el autor una madurez y una pujanza de estilo realmente admirables.

R. LEDESMA RAMOS

EMIL LUDWIG: *Julio, 1914.*

Muy correctamente traducida al castellano por Ricardo Baeza, acaba de ponerse a la venta este libro, cuya aparición data del mes de julio último, al cumplirse el aniversario décimoquinto de la guerra europea.

Desde las primeras palabras que Ludwig puso a su obra hasta las postreras reflexiones con que la cierra, es evidente en toda ella un desesperado afán de sinceridad. Desesperado en cuanto a la medida de su infinita apetencia; pero sereno, reflexivo, ecuánime, en cuanto a su ejercicio y aplicación. Pretende el libro, desentendiéndose de todo partidismo ideológico o político, hacer un equitativo reparto de responsabilidades en relación con la gran guerra europea. El arduo empeño es servido por Ludwig con esfuerzo incansable e inalterable serenidad, aun sin ignorar, sin duda, que acaso no sea nuestra generación la más capacitada para rendirle justicia o simplemente para dictar veredicto. Ello explica la vivísima polémica encendida en torno a este libro excepcional, en el que se intenta restablecer una verdad que las pasiones y las conciencias han enturbiado.

Por su propia naturaleza y por su propia finalidad presenta, pues, este libro un aspecto difícil, y sobre el cual, acaso, no se pondrán de acuerdo los hombres de la época presente, demasiado cercanos todavía a gran acontecimiento de que en él se trata.

Pero como hace notar acertadamente en una breve nota bibliográfica el traductor español, lo que no puede dudarse y ha sido reconocido por toda la crítica europea "es la viva claridad que proyecta sobre los acontecimientos de aquel mes fatídico, que habían de preludiar la máxima conflagración hasta ahora del mundo moderno y el extraordinario interés que al relato ha prestado el autor, con su arte magnífico en el empleo del documento y la escenificación de la Historia".

Bastan estas palabras para acreditar el valor histórico de este libro sugestionante. Hay que añadir, como condición destacada y extraordinaria, la maestría literaria (me atrevería a decir periodística, si entre nosotros no anduviese tan desacreditado el calificativo) con que el autor presta vigor y vivacidad a los momentos culminantes, y el tacto de que da magníficas pruebas al escoger y utilizar los documentos y las figuras, rodeando a unos y otras de su atmósfera propia.

No cabe en los límites de una noticia bibliográfica un detenido examen de este libro; pero su valor se aprecia con sólo considerar que en él, al liquidar el pasado, se contiene el núcleo genitivo de un mundo futuro.

Emil Ludwig empieza su prólogo con estas palabras: "La culpa de la guerra corresponde a toda Europa", y lo termina con las siguientes consideraciones: "En cuanto

Europa, de facto, sólo consista en repúblicas, más fácil le será el prevenir la catástrofe. La alternativa es muy sencilla: O lo hace ahora, o tendrá que hacerlo de todos modos al final de otras guerras."

Entre estas dos afirmaciones se desarrolla claramente con audacia y valentía, una nueva órbita para los destinos del mundo.

R. M.

ANTONIO ROBLES: *26 cuentos infantiles.*—C. I. A. P.

Por primera vez aparece en castellano un libro de cuentos infantiles construido con auténtico sentido literario. Es este de Antonio Robles. En sus tres tomos ha realizado el milagro de lograr la creación de una serie de narraciones breves, sintéticas, tectónicas, reducidas a una línea pura según los cánones de la más actual estética. Libro agradable para hombres y niños, para sentimentales del viejo tipo y para dinámicos de ideología reciente.

La orientación del libro—de los libros—francamente real. Fenomenológica. De hoy. Idea esencial es que el niño no sabe lo que quiere; el profesor llega a creer que el niño quiere lo que él cree que quiere; naturalmente fracasa. Para hacer un cuento a los niños habría que tomarles la medida del alma; como esto es imposible, hay que optar por abstenerse de propósitos previos, limitándose a dar bases para una formación lógica del espíritu, un afilamiento de la intuición. Huir de la moraleja y la pedagogía, de las verdades y las razones, creer que el cuento es el domingo, en que la inteligencia descansa y la imaginación juega con globitos de colores.

En el cuento leído no es necesario que quede nada contable; lo necesario es que quede sólo una sensibilidad nueva. El cuento debe sugerir, enseñar a sugerir. El peligro a evitar es creer que hay que hacer linda poesía, confundir la natural veracidad y el primitivismo infantil—esencialmente "totem"—con un romanticismo engendrado por la literatura de los mayores. El niño no es panteísta ni admira las categorías puras. El niño ama que salgan muchos animales, rechaza instintivamente los asesinatos y odios de que están sembrados muchos que quiere ver el cuento con la alegría que mira un brillante cartel. Todo este es el *realismo*—cumplidamente—este libro de Robles.

Obra de infancia y de vanguardia a la vez, responde a la época en que el cine nos da imágenes puras del movimiento y la idea. Son cuentos que sugieren movimiento; bichos que se mueven, globitos que se mueven, pajarillos y aire y olas y campanas. Quiere Robles que la literatura infantil sea toda ritmo, movimiento puro, danza nueva, estilización de la ligereza y la alegría de vivir. Reduciendo la vida a su forma arquitectónica. Afirmando el regocijo como principal característica de lo humano.

R. G.



Marisa Roeset, retrato de Teresa Santa Cruz

La Gaceta Literaria

Bibliografía de la quincena

LIBROS EXTRANJEROS

01.—BIBLIOGRAFIA. BIBLIOFILIA.

Annuaire (L') des ventes de livres. Guide du bibliophile et du libraire. Continué par L. Maurice Lang (9.^a année. Oct. 1927.—Juillet, 1928.) Por suscripción.—París. 90 francos.

Catalogue (Le) illustré des livres d'étranges.—París. 10 francos.

2.—RELIGION.

BAILLIE (JOHN): *The interpretation of Religion.*—Edinburgh. 14 chelines.

FLEG (EDMOND): *Moses, Lord of the Prophets.*—Londres. 10/6.

MECK (M. DE): *Esotérisme et survie. Etude d'un mystique moderne.*—París. 15 francos.

REYNAUD (V.): *La Réforme Hindoue. Essai sur le Budhisme.*—París. 30 francos.

32.—POLITICA.

ASHMEAD-BARTLETT (E.): *The Riddle of Russia.*—Londres. 10/6.

BACH (LYDIA): *Moscou, ville rouge. Troisième Rome moscovite ou troisième internationale moscovite? D'Ivan el Grand à Lénine. Les deux visages de Moscou la Rouge.*—París. 12 francos.

BURNS (C. DELISTE): *Democracy.*—Londres. 8/6.

LINDSAY (A. D.): *The essentials of Democracy.*—Londres. 3/6.

33.—ECONOMIA.

FLAVIAN (C. L.): *Des contre-lettres.*—París. 25 francos.

OTLET (PAUL): *La banque internationale.*—París. 15 francos.

POSE (ALFRED): *De la théorie monétaire a la théorie économique.*—París. 30 francos.

TURMANN (MAX): *Le syndicalisme chrétien en France. Ce qu'il est. Ce qu'il a de déjà fait.*—París. 12 francos.

34.—DERECHO.

ATHANASOVICI (C. V.): *Les pouvoirs des gérants dans les sociétés a responsabilité limitée.*—París. 25 francos.

RAULT (JEAN): *Traité théorique et pratique des parts de fondateur et des groupements de porteurs de parts de fondateur.*—París. 65 francos.

37.—PEDAGOGIA.

CAVALEU (J.): *Les idées pédagogiques de Jean-Marie Robert de La Mennais.*—París. 7 francos.

Child care and training.—Minneapolis. \$ 2.

398.—FOLKLORE.

Cérémonies et coutumes qui s'observent aujourd'hui parmi les juifs. Trad. de l'italien de Léon de Modéné. (3.^e cahier.)—París. 12 francos.

42.—FILOLOGIA INGLESA.

APPERSON (G. L.): *English Proverbs and Proverbial Phrases: A Historical Dictionary.*—Londres. £ 1-11-6.

51.—MATEMATICAS.

LECOMTE (S.): *Aritmetique a l'usage des classes de 6.^e et 5.^e de l'Enseignement secondaire.*—París. 12 francos.

MORTREUX (X. ET O.): *Géométrie des Ecoles primaires supérieures et professionnelles et des cours complémentaires.*—París. 16 fr.

61.—CIENCIAS MEDICAS.

MELZER (FRITHJOF): *Malaria, Gold und Opium.*—Berlín. 9,50 RM.

PICARD (MAX): *Das Meschen-Geschicht.*—Berlín. 12 RM.

62.—INGENIERIA.

DUBOUEUX: *L'Auto, cois et entretiens.*—París. 6 francos.

HAWKS (ELLISON): *Wonders of Engineering.*—Londres. 6/.

JIBEL: *La voiture que vous conduisez, madame...*—París. 12 francos.

63.—AGRICULTURA.

WERY: *Agenda aide-memoire agricole et viticole pour 1930.*—París. 10 francos.

7.—ARTE. CINE. DEPORTES.

AIGRAIN (RENÉ): *La musique religieuse.*—París. 12 francos.

ARROY (JEAN) ET REYNAUD (JEAN-CHARLES): *Attention! On tourne!*—París. 3,50 francos.

BERRY (ANA M.): *Art fort children.*—Londres. 7/6.

BOBERMAN (V.): *Tapis, édité par Dins.*—París. 200 francos.

CLUZOT (H.): *Le décor moderne dans la tenture et le tissu.* (Album de 40 láminas, 20 en colores.)—París. 1,50 francos.

SENTUPÉRY (LÉON): *Manuel pratique de l'amateur. Collectionneur, de l'antiquaire et du brasseur.*—París. 100 francos.

SYMONS (ARTHUR): *From Toulouse-Lautrec to Rodin.*—Londres. 15/.

1.—LITERATURA.

ARMANDY (ANDRÉ): *Le triple joug du monde (Le grand crépuscule).*—París. 12 francos.

BUDELAIRE (CH.): *Mon cœur a nu, suivi de Fusées.* (Tirada limitada.)—París. 30 francos.

BOISSIÉRE: *Propos d'un intoxiqué.* Edition de grand luxe, illustrée de seize aquarelles hors texte, de Foujita.—París. 1.000 francos.

COURTELIN (GEORGES): *Oeuvres complètes: I.-Les Gaietés de l'escadron.—II.-Boubouroche, suivi de Contes divers.*—París. 480 francos los 8 vols.

DAUDET (LEÓN): *Ecrivains et artistes.*—París. 200 ejemplares.

DORGELÉS (ROLAND): *Les croix de bois.*—París. 40 francos.

GALTIER-BOISSIÉRE: *La vie de garçon (en suscripción).*—París. 125 francos.

GAUTIER (MADELEINE): *Crise. Roman moderne.*—París. 12 francos.

GIRAUDOUX (JEAN): *Amphitryon 33. Comédie en trois actes.*—París. 12 francos.

LESAGE: *Gil Blas de Santillane. Tome I. (Coll. Classiques françaises. Edición de lujo.)*—París. 60 francos.

LUCHETO (CH.): *La tragique affaire de Bulwag Castle.*—París. 12 francos.

Les Priapées, traduits du latin par A. Eschschmann.—París. 170 francos.

RICE (C. COLLIVER): *Shirin. Story of Modern Persia.*—Londres. 2/6.

THARAUD (J. ET J.): *L'an prochain a Jérusalem (Edición de lujo.)*—París. 1.000 francos.

WADDELL (HELEN): *Medieval Latin Lyrics by.*—Londres. 2/ s.

ZWEIG (ARNOLD): *Sergeant Grischa.*—Londres. 7/6.

9.—HISTORIA.

ELSON (HENRY WILLIAM): *Histoire des Etats Unis.*—París. 75 francos.

KLUTCHEVSKI (V.): *Pierre le grand et son œuvre.*—París. 30 francos.

LERAIN (GEORGES): *Les temples de Karnak.*—Bruselas. 50 belgas.

MANN (HEINRICH): *L'Empire. II: Les pauvres (trad. de l'allemand par Charles Reber).*—París. 30 francos.

MARJORIE AND QUENNEL (C. H. B.): *Everyday things in Homeric Greece.*—Londres. 7/6.

91.—GEOGRAFIA.

MONMARCHÉ (M.) ET VILLION (E. L.): *Toute la Belgique.*—París. 135 francos.

The Most Noble and Famous Travels of Mar-

co Polo, together with the Travels of Nicolo di Conti.—Londres. £ 2/23.

SCHATZ (JOS. JUL.): *Wunder der Alpen Romann.*—Berlín. 20 RM.

92.—BIOGRAFIA.

BELLESSORT (ANDRÉ): *Victor Hugo. Essai sur son œuvre.* Cours professé a la Société de conférences.—París. 25 francos.

ELIOT (T. S.): *Dante.*—Londres. 3/6.

FARRÉRE (CLAUDE): *Loti.*—París. 50 francos.

FORESTER (C. G.): *Nelson.*—Londres. 12/6.

FRANCE (ANATOLE): *Rabelais.*—París. 35 francos.

HENRI-ROBERT: *Les grands procès de l'Histoire 7.^e série.*—París. 15 francos.

MÉLIA (JEAN): *Visages royaux d'Orient: Amaoullah, ex roi d'Arghanistan.—Réza Chah Pehlvi, roi de Perse.—Faical, roi d'Irak, etc.*—París. 12 francos.

SARA SKELTON: *The autobiography of a Famous Actress.*—Londres. 5/.

SÉRIEYX (W.): *Drouot et Napoleon. Vie héroïque et sublime du général Drouot.* Preface du général Weygand.—París. 25 francos.

SPURR (H. A.): *The life and Writings of Alexandre Dumas.*—Londres. 7/6.

Tu Fu. *The Autobiography of a Chinese Poet. Including a Historical Year Record, a Biographical Index, and a Topographical Note as well as Maps, Plans and Illustrations. Arranged from his poems and translated by Florence ayscough.* Vol. I.—Londres. 21/.

LEA USTED

Paisajes, hombres, costumbres y canciones

DE LA PROVINCIA DE LEÓN

POR

LEON MARTIN GRANIZO

Editor: **JUAN ORTIZ**

Marqués de Torrelaguna, 20.

Ciudad Lineal.—MADRID.

PÍDALO EN TODAS LAS LIBRERÍAS

COMPAGNIA GENERAL DE ARTES GRÁFICAS.
Príncipe de Vergara, 42 y 44.—MADRID.

LA EDITORIAL RENACIMIENTO

se ha asegurado la edición de la obra entera, literaria, filosófica y crítica de

EUGENIO D'ORS

que aparecerá en una serie de volúmenes, publicada bajo el título general

ORBIS PICTUS

de claro abolengo renacentista y doblemente alusivo a la universalidad de esta obra y a su carácter artísticamente figurativo.

"Eugenio d'Ors, un Sócrates de la moderna España."
(Eberhard Vogel)

"Gracias a Eugenio d'Ors, el dominio ibérico entero ha entrado a tomar parte en la conversación europea."
(Valery Larbaud)

"Eugenio d'Ors es, con Charles Bernard, el primer crítico de arte de nuestros días."
(León Daudet)

Está próximo a salir el primer volumen:

CUANDO YA ESTE TRANQUILO

Páginas en que la ideología y la poesía se funden en claras imágenes lacónicas.

Don residente en se suscribe a "Orbis Pictus", de E. d'Ors, cuyo precio de 4,50 o 5,50 (rústica o encuadernado) pagará contra reembolso al recibir cada volumen.

Firma:

PRINCIPE DE VERGARA, 42 y 44.—MADRID

Del "Orbis Pictus", de Eugenio d'Ors, seguirán apareciendo cuatro volúmenes por año. Precio de cada volumen: rústica, 5 pesetas; encuadernado, 6. Por suscripción: 4,50 y 5,50, en rústica y encuadernado, respectivamente.

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones: Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15; librería Renacimiento, Preciados, 46, y plaza del Callao, 1. Madrid.—Librería Barcelona, Ronda de la Universidad, 1. Barcelona.—Exposición Iberoamericana. Sevilla.

15.338, 53.742, 13.816. Llame a uno de estos teléfonos. Recibirá el libro que desee sin recargo alguno.

Ayuntamiento de Madrid